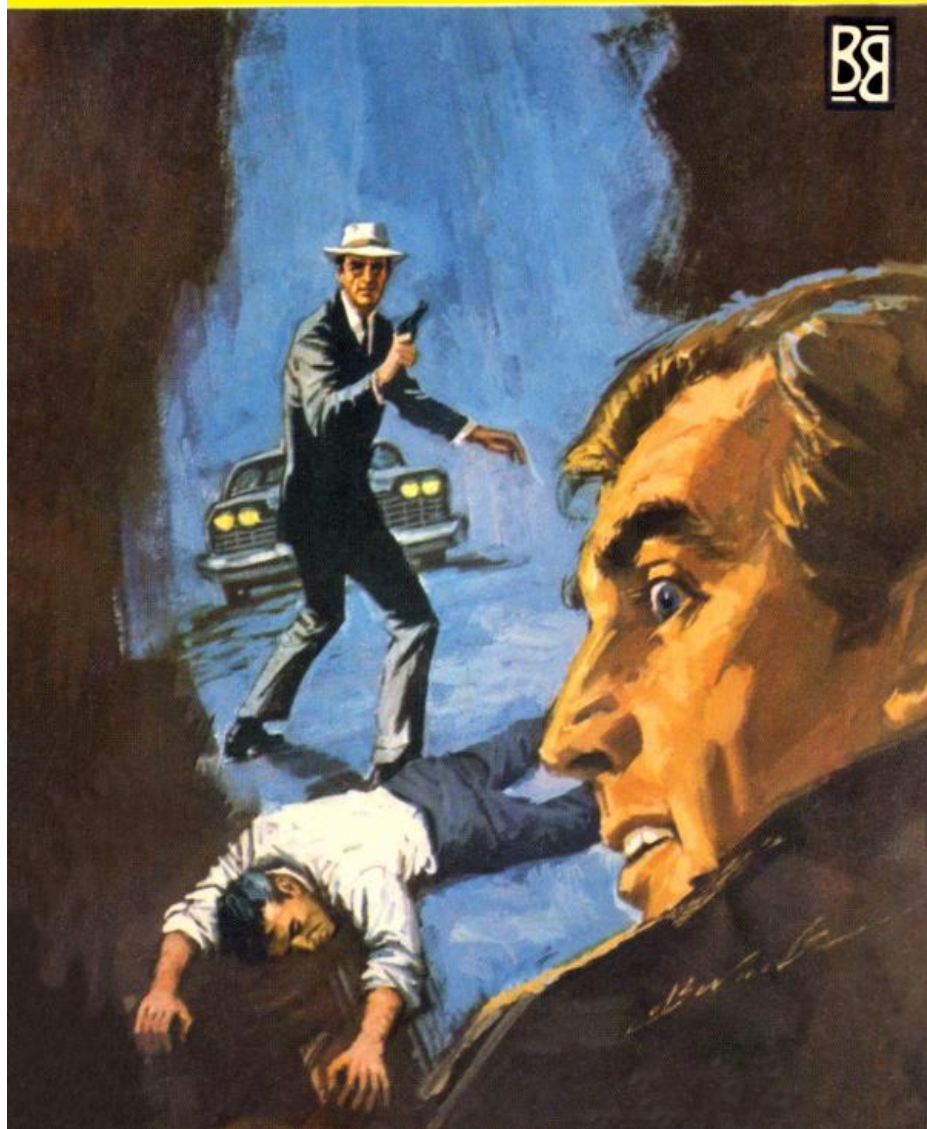


PUNTO
ROJO

la senda del delito

burton hare

B&B



COLECCION

PUNTO ROJO



SHELLY



KEN LANDERS



Stewart

BURTON HARE

LA SENDA DEL DELITO

Colección PUNTO ROJO nº 266

Publicación semanal

Aparece los SÁBADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO - RÍO
DE JANEIRO

Depósito Legal B 9616-1967
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: Mayo 1961

© BURTON HARE - 1967
sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL - 1967
sobre la cubierta

© PEÑA - 1967
sobre la ilustración interior

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera. S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1967

Todos los personajes y entidades privadas que
aparecen en esta novela, así como las situaciones
de la misma, son fruto exclusivamente de la

imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

863 — Trampa diabólica.

871 — Noche de terror.

875 — Una sombría noche.

En Colección PUNTO ROJO:

255 — Un «gangster» llamado Carella.

259 — Senda sin retorno.

263 — Historia de amor y muerte.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

139 — Morir es fácil.

147 — Se necesita un cadáver.

155 — Destino, el infierno.

164 — Un crimen tras otro.

En Colección ALTO SECRETO:

3 —Cuidado, FBI, ¡PELIGRO DE MUERTE!

Grandes copos de nieve, tan espesos que parecían una blanca sábana que se desplomara sobre Nueva York, velaban las luces y ponían brillos extraños a los pocos anuncios luminosos que resistían la helada invasión.

Era una condenada noche para pasarla fuera de casa. Solo echar una ojeada por la ventana me produjo escalofríos. Luego pensé en la voz angustiada de Shelly y, enfundándome en el gabán, tomé el sombrero y me lancé a la escalera.

Al llegar abajo eché un vistazo al espesor de la nieve. El frío era tan intenso que cortaba la respiración. La nieve no tardaría en helarse y entonces sería un problema manejar el coche, de modo que decidí utilizar el «metro», rumbo a la calle 14.

No sabía por qué Shelly me había citado en el bar de Dorsey. Podía haber elegido cualquier otro lugar más cercano a mi domicilio y al suyo, en lugar de pedirme que atravesara Manhattan casi de punta a punta.

Por supuesto, uno no puede pretender que las mujeres, además de belleza, tengan también sentido común.

Y Shelly poseía belleza suficiente para que uno decidiera hundir los pies en la nieve hasta el tobillo en una condenada noche de invierno neoyorquino.

Claro que la muchacha pertenecía a mi mejor amigo, pero así y todo, siempre producía una grata impresión oír su voz de terciopelo y ver la subyugante belleza de que estaba tan orgullosa.

El tugurio de Dorsey era un gran local, siempre concurrido por toda clase de gente poco conformista. Desde los reporteros de actualidad, hasta el deportista de moda, todo el mundo pasaba por allí a alguna u otra hora del día y de la noche. Había pequeñas mesas esparcidas por la mitad del salón, frente a la inmensa barra. Al fondo, separado del resto por un arco de factura desconocida, se abría un anexo en el cual algunas parejas podían bailar siempre que no fueran muy exigentes en cuanto a comodidad, porque era una pista tan reducida que uno no sabía dónde mover los pies para no pisar a los vecinos.

Cuando entré, una espesa niebla de humo flotaba a media altura, difuminando más, si cabe, las ya de por sí discretas luces. Abriéndome paso entre la masa de bebedores que se amontonaban ante el bar, conseguí llegar al final del mostrador, donde Dorsey controlaba la marcha del negocio desde detrás de la caja registradora.

— ¡Caramba, Ken! —exclamó—. No te esperaba en una noche como esta.

—Shelly me ha telefoneado citándome aquí, pero no la veo por ninguna

parte.

—Está en el otro salón.

—¿Con Sam Gray?

—Sola.

Arrugué el ceño.

—¿Ha venido él esta noche?

—¿Sam? No lo he visto —dijo, pensativo—. Creo que hace un par de días que no aparece por aquí.

—Bueno, iré a verla.

—¿Qué vas a beber? Te lo mandaré entretanto.

—Whisky. Doble. Esa maldita nieve me ha dado escalofríos.

Se echó a reír mientras yo volvía a bracear entre la multitud.

El saloncito de baile estaba casi desierto, en contraste con el bar. Tres o cuatro parejas se abrazaban en la pista, simulando que bailaban al son del magnífico tocadiscos automático. Dos más ocupaban otras tantas mesas.

Y Shelly, por supuesto. Estaba sentada en la más alejada, en el rincón más sombrío del establecimiento.

Se levantó cuando me vio, haciéndome señas de que fuera a reunirme con ella. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Bueno —dije, sentándome—. Espero que tengas un buen motivo para sacarme de casa con toda esta nieve que cae...

—Gracias, Ken —susurró—. Sabía que vendrías.

—Sabías más que yo. ¿Qué es lo que te preocupa?

—Sam.

Suspiré, comenzando a enfurecerme.

—¡Maldita sea! ¿Me has hecho venir solo para contarme una riña de enamorados? Mira, gatita, si...

Ella ya estaba moviendo la cabeza de un lado a otro. Desde luego, su rostro adorable estaba surcado por una terrible expresión preocupada.

—No, Ken —me atajó—. No se trata de eso.

—¿No? Bueno, veamos entonces cuál es el problema.

La llegada del camarero con mi whisky demoró su respuesta. Vi que su copa estaba vacía y sin esperar su consentimiento le indiqué al mozo que le trajera otra. Cuando se alejó, ella dijo con voz que temblaba:

—Tengo miedo, Ken.

—¿Miedo?

—A causa de Sam. ¿Cuánto tiempo hace que no le ves?

—No sé... mucho. Quizá un par de meses. ¿Por qué?

—Ha cambiado tanto... Y ya no confía en mí. No quiere decirme qué es lo que anda mal. Se pone furioso si le pregunto. Hemos estado dos días sin vernos a causa de una de esas disputas. Yo... yo pensaba seriamente en romper con él si no aclaraba la situación.

—Conque es así de serio, ¿eh?

—Sí... Pero hoy me ha telefonado, citándome aquí a las nueve.

Pegué un respingo.

— ¡Pero si son las once de la noche! —exclamé—. ¿Quieres decir que no ha venido?

—No. Ni siquiera ha llamado por teléfono.

—Eso no es propio de Sam. Es un cabeza loca, pero siempre ha sido excesivamente formal en sus citas... Vamos a ver, gatita, ¿supones que está metido en algún lío?

Tardó un poco en responder, y aun entonces dijo:

—Algo malo le ocurre, Ken. Por eso te he llamado. Tú estás acostumbrado a estas cosas, es tu trabajo después de todo. Y Sam es un gran amigo tuyo.

—No necesitas hacerme la propaganda de tu enamorado —refunfuñé, disgustado—. ¿Qué quieres que haga, salir a buscarlo donde quiera que esté y traértelo agarrado por una oreja?

—Por favor, Ken, no lo tomes a broma. Él también tiene miedo.

— ¿Miedo? —exclamé—. ¿Sam?

Asintió con un gesto. Pensé que aquello no tenía sentido alguno, o de lo contrario, yo no conocía a mi amigo.

—Sam nunca ha estado asustado de nada, pequeña. Es el tipo más irresponsable del mundo, pero tiene valor. No creo que haya nada capaz de asustarlo en realidad.

—Te digo que lo está. Se oculta... lo sé. Estos dos días ha permanecido escondido en alguna parte. No volvió a su casa después de nuestra discusión. Lo he comprobado por medio de su padre. Y hoy, cuando me ha telefonado, su voz delataba nerviosismo, urgencia por verme, ¿entiendes? Y a pesar de todo, no ha acudido a la cita.

—Ya veo... ¿No tienes idea de la clase de lío en que puede haberse metido?

—En absoluto. Puede ser algo relacionado con su maldita afición a las carreras de caballos, pero también puede tratarse de cualquier otra cosa. ¿Sabes, Ken? En estas dos horas de inútil espera he tenido tiempo de pensar mucho... me he dado cuenta de lo poco que conozco a Sam en realidad.

—Estás levantando castillos en el aire, Shelly. Después del tiempo que lleváis juntos has podido conocerlo bien, digo yo.

—Sin embargo, no ha sido así. ¿Puedes comprenderlo?

—Bien, creo que sí, aunque no deja de sorprenderme. ¿Te ha hablado él de sus preocupaciones últimamente?

—No. Ya te he dicho que cada vez que le preguntaba se ponía frenético. Decía que no era nada que me importase. ¿Te das cuenta?

—Está bien, veré qué puedo hacer. Aunque has de reconocer que no es nada fácil lo que esperas de mí. No tengo la menor idea de qué clase de

negocios lleva entre manos, ni de lo que ha estado haciendo en este tiempo que llevamos sin vernos. Por no saber, no sé dónde encontrarlo. ¿Crees que haya vuelto a su casa?

—A menos que lo haya hecho durante la última media hora, no. He hablado con su padre por teléfono desde aquí. No sabe nada de Sam desde hace más de dos días.

—Pues sí que es un comportamiento sorprendente. Nunca había dejado solo al viejo tanto tiempo...

—Ken...

—Dime, gatita.

Le sonreí para animarla. Pero ella necesitaba mucho más para desprenderse de su inquietud.

—Le ayudarás si está en apuros, ¿verdad?

—Seguro.

—¿Aunque... aunque sea algo delictivo lo que haya hecho?

Arrugué el ceño ante esa posibilidad.

—¿Sabes, acaso, que haya violado las leyes?

—Es solo una manera de hablar.

—Shelly, ¿te han dicho alguna vez que mientes muy mal?

Casi se levantó, pálida y furiosa.

—¡Ken! —exclamó en tono de reproche.

—Tú sabes más de lo que confiesas, niña. Esa alusión a algo delictivo no me gusta. ¿De dónde has sacado la idea, de algo que él te ha confesado tal vez?

—Bueno, él nunca me dijo nada semejante, pero...

—Así que hay un pero.

—Sí, Ken.

Estaba poniéndome nervioso con tantas reticencias.

—Escúchame, Shelly; por un lado estás pidiéndome que ayude a Sam a salir de cualquier lío en que haya podido meterse. Okey, es el mejor amigo que he tenido jamás y lo haré de cualquier modo. Pero, por otro lado, te niegas a decirme todo lo que sabes, incluso a sabiendas de que cuanto más conozca de este asunto más podré hacer por él. ¿Qué clase de juego es el que tratas de jugar tú?

Desvió la mirada, como buscando un agarradero mental en alguna parte. No lo halló y tuvo que rendirse. Sus ojos volvieron hacia mí con su expresión suplicante.

—Tienes razón, Ken, pero no sé nada tan importante como para ayudarte. No obstante, temo que haya hecho algo malo al pensar en unas palabras que me dijo antes de nuestra disputa...

Calló un instante. La animé con un gesto y prosiguió:

—Sam dijo que ahora iba a tener mucho dinero. Hablábamos del problema que representaba su padre, paralítico, necesitando siempre

alguien que cuidase de él. Bien, él estaba seguro que ya no habría más dificultades por ese lado. Podría pagarle una enfermera permanente, y nosotros podríamos casarnos mucho antes de lo que habíamos pensado. Pero cuando le pregunté de dónde iba a obtener tanto dinero, se negó a decírmelo. Quiso echarlo a broma, pero noté que estaba tenso y nervioso.

—Y después de esto, vino la disputa, ¿no es así?

—Cierto.

—Y desde entonces, no has vuelto a verlo.

—Ya te lo he dicho.

Suspiré. Iba a tener que preocuparme, a fin de cuentas.

—Está bien, Shelly; veré qué puedo hacer.

El camarero trajo su nueva bebida. Brindamos silenciosamente y ambos bebimos, agradeciendo aquella pausa en la tensa conversación.

Cuando ella abandonó la copa, murmuró:

—Algunas veces, Ken, he pensado que nunca debí haberme enamorado de él.

—Tonterías, gatita; Sam es un gran muchacho.

Me miró y el brillo de sus grandes ojos azules me inquietó. Para romper la momentánea tensión, dije:

—Bueno, termina tu bebida. Te acompañaré a casa y luego pensaré en el problema.

—Sam es muy afortunado al contar con un amigo como tú.

—No te pongas sentimental ahora, nena. No es el momento. ¿Acabas tu bebida o no?

Tomó la copa y una vez más advertí que sus dedos temblaban ligeramente. Debía estar muy preocupada para eso.

En aquel instante, el camarero se acercó y murmuró junto a mí:

—El patrón dice que hay una llamada telefónica para usted, señor Landers, en el teléfono del mostrador

—Voy ahora mismo.

Le pagué las bebidas, añadí la propina y dejé a Shelly poniéndose el abrigo.

Dorsey había dejado el auricular sobre el mostrador a su lado.

—Es Evans, Ken —anunció con una mueca.

—¿Evans?

—El teniente Evans.

—¡Demonios! ¿Cómo se le ha ocurrido telefonarme aquí?

Se encogió de hombros. Me llevé el aparato al oído y grité:

—¡Sanders al habla, polizonte! ¿Qué pasa?

—Hola, Ken. He supuesto que te encontraría en «Dorsey's».

—¿Por qué?

—Me he cansado de llamarte a tu domicilio y a la oficina. Esa chica que toma los recados estaba segura de que no ibas a volver allí esta noche;

de modo que he comenzado a pensar... y te he localizado.

—Ya veo... Y toda esa urgencia, ¿a qué se debe? No he matado a nadie estos últimos días...

—No, supongo que no, Pero tú tenías mucha amistad con Sam Gray, ¿no es cierto?

Me enderecé y todos mis nervios se pusieron tensos

—Seguro, tú lo sabes bien. ¿Qué pasa con él?

—He supuesto que te gustaría acompañarme. Acaban de encontrarlo... muerto.

— ¡Evans!

—No grites, Ken.

— ¿Cómo?

—Le han apaleado. Una paliza, ¿entiendes? Una paliza mortal. Por lo menos, esas son las primeras impresiones. ¿Vas a venir?

—Seguro —dije como entre sueños.

—Entonces, no te muevas de ahí. Pasaré a buscarte en el coche y así perderemos menos tiempo. Hasta ahora.

Colgó. Sentí que en mi interior se formaba un vacío tan acentuado como el de la línea telefónica al quedar muda.

El coche se deslizaba con dificultad por la nieve, exigiendo una extraordinaria pericia del conductor. Evans, sentado al lado de este, volvió la cabeza y dirigió una mirada de disgusto a Shelly, que estaba acurrucada a mi lado, en el asiento posterior.

Una vez más, gruñó:

—No debió acompañarnos, Shelly. Esto va a ser desagradable.

Ella no movió ni un músculo. Yo dije;

—No te preocupes, me ocuparé de ella.

—Mejor será que lo hagas.

Pasé un brazo por los hombros de la muchacha y la atraje hacia mí. Se dejó vencer y apoyó la cara en mi hombro, sollozando en silencio. Su cuerpo estaba rígido y yo lo sentía palpar en mis manos.

De pronto, al doblar una esquina, apareció la mancha oscura de un jardín público. Cinco o seis coches patrulleros estaban detenidos junto a la acera, con sus luces giratorias sobre el techo lanzando destellos que teñían de rojo los grandes copos de nieve que seguían cayendo.

—Colóquese delante de esos coches —ordenó el teniente.

Cuando se apeó y yo me dispuse a hacerlo también. Shelly hizo ademán de seguirme. La obligué a volverse atrás suavemente.

—Vas a esperar aquí, gatita, ¿entiendes? Puede ser un espectáculo muy desagradable y tú ya estás bastante afectada. Si creo que puedes acercarte vendré por ti. ¿Conforme?

—Quiero verlo, Ken.

—Luego.

Cerré la portezuela. El policía que había conducido el coche saltó a la acera y empezó a golpearse las manos contra los costados. Le hice una seña en dirección a la muchacha y él asintió. Entonces corrí en pos de Evans, que se había alejado por un sendero de los jardines.

Ocho o diez policías de uniforme estaban reunidos alrededor de un bulto oscuro alumbrado por sus linternas eléctricas. Evans se inclinó sobre el cuerpo cuando yo llegué a su lado y le oí emitir una especie de gruñido.

— ¿Es él? —dije con una última y remota esperanza de que todo hubiera sido un error

—Sí, Ken. Es Sam Gray.

Una de las lámparas lanzó un chorro de luz sobre el rostro del cadáver. Sentí un choque terrible en todos mis nervios al ver la masa informe que era su cara, destrozada a golpes, llena de sangre, tumefacta...

Medio hundido en la nieve, estaba retorcido en una postura violenta. Uno de los brazos lo tenía torcido de manera absurda. Uno de los guardias

refunfuñó:

—Tiene un brazo roto, teniente. Y a juzgar por el estado del cuerpo, habrá otros huesos astillados también. Le han golpeado con ganas

Me levanté sintiendo que mi estómago daba saltos intentando salirse por la garganta. Nunca podría acostumbrarme al espectáculo de la muerte.

Evans lo hizo también, rígido y explorando sus bolsillos en busca de cigarrillos.

— ¿Qué opinas de eso, Ken? —gruñó, encendiendo uno.

— ¿Qué quieres que opine? Sea quien sea el que lo ha hecho, no ha sido un tipo solo. Sam era fuerte. Si se hubiese defendido, nadie hubiera podido dejarlo en ese estado.

—Han sido varios a golpearlo, Ken. Lo tenían atado con cuerdas finas y...

— ¿Qué?

—Tiene las señales en las muñecas. Desolladuras inconfundibles. Veremos qué tiene que decir el forense, pero opino que han estado pegándole «científicamente», procurando no matarlo demasiado pronto. Solo que en un momento determinado se han pasado de rosca y ha muerto.

— ¿Quieres decir que no tenían intención de matarlo?

— ¡Oh, demonio, claro que querían matarlo! Pero sin prisa, si entiendes lo que quiero decir.

—Ya veo.

—Tú eras su mejor amigo. ¿Tienes alguna idea?

—No... Hace meses que no le veía.

—Tendré que hablar con la chica.

—Ella tiene cierta historia que contar —dije—. Pero no te hagas ilusiones. Nada de lo que te diga servirá para maldita la cosa. Todo se reduce a que Sam tenía miedo.

— ¿A qué?

—Ella no lo sabe.

—Tú sabes que era un apostador empedernido. Habrá que hacer algunas averiguaciones por ese lado... Los tomadores de apuestas profesionales suelen ponerse muy brutos cuando alguien no puede pagarles lo que les adeuda.

—Sam tenía crédito entre ellos. Además, era un fanático de cualquier clase de apuestas, pero que yo sepa, jamás apostó más de lo que podía cubrir.

—Tal vez lo hizo últimamente. Tú mismo dices que hace meses que no lo veías.

Asentí con un gesto. No quise discutir con él porque yo tampoco sabía a qué atenerme. No obstante, el furor que se había adueñado de mí al ver el cadáver iba en aumento en lugar de amainar.

Cuando Evans se apartó a un lado, después de escuchar el relato del

patrullero que había descubierto el cuerpo, dije:

— ¿Nadie ha visto nada? No puedo creer que le hayan golpeado aquí.

—No; lo han hecho en un lugar seguro y a cubierto de miradas indiscretas. Luego han cargado el cadáver en un coche y han venido a tirarlo aquí, sabiendo que en una noche como esta apenas si circula nadie.

— ¿Qué piensas hacer para empezar?

Me dirigió un vistazo con evidente disgusto.

—La rutina. Tú sabes cómo es eso. Luego veremos si encontramos algo adonde agarrarnos. ¿Por qué?

—Voy a dar algunos pasos por mi cuenta, Evans.

—Espera un minuto, Ken. El que seas detective privado no te autoriza a meterte en un caso de asesinato. Tú lo sabes perfectamente y...

—Sam era como un hermano para mí.

—Bueno, yo también apreciaba a ese cabeza loca, supongo que no es necesario que te lo repita. Pero es un asunto para la policía. No me busques complicaciones, Ken, o tendré que proceder contra ti.

—No podrás hacerlo —dije con las mandíbulas apretadas—. Tienes muchas limitaciones para actuar, limitaciones que no puedes saltarte sin que te paren los pies. En cambio, yo tengo las manos libres. Alguien pagará por la muerte de Sam.

—Escucha...

Giré sobre la nieve y eché a andar hacia el coche. Shelly había dejado de llorar. Estaba inmóvil, con la cabeza inclinada sobre el pecho. No se movió cuando abrí la portezuela y me senté a su lado.

— ¿Tienes frío, niña?

—Sí, y no solo a causa de la nieve. ¿Es él, Ken?

—Desgraciadamente, sí.

—Ahora, Ken, ¿crees que él estaba asustado?

—No tengo más remedio que creerlo.

— ¿Está... está muy mal, Ken?

—Bueno, no es nada agradable de ver.

Su forzada entereza se desmoronó nuevamente y los sollozos volvieron a sacudirla como una pluma. La dejé que llorase unos minutos sin decir una palabra. Fuera del coche, la nieve, cada vez más espesa, seguía cayendo en medio de un silencio irreal, fantasmagórico, en una ciudad en la que, por lo común, el ruido enloquece a la mitad de sus habitantes.

Pensé en Sam, tendido sobre la nieve helada, mientras los copos caían sobre él indiferentes, tan fríos como la misma muerte. Me estremecí.

De repente, Shelly dejó de sollozar y susurró:

— ¿Quién lo ha hecho, Ken?

— ¿Te refieres a quién lo ha matado?

—Sí.

—No lo sé. Nadie lo sabe de momento. Pero por Dios vivo que lo

—Cazaré... Antes que la policía le ponga la mano encima le ajustaré las cuentas. Haré que maldiga el instante en que nació. Después podrán juzgarlo, si queda algo de él.

—Ken...

—No te preocupes, sea quien sea, pagará por eso.

—No quiero que te suceda algo a ti también, Ken.

La miré. Hice un esfuerzo y logré sonreír.

—Eso no debe preocuparte. A Sam han podido hacerle eso porque era una excelente persona... Pero yo soy un mal bicho. No podrán tocarme.

Hubo otro largo silencio. Yo notaba como ella iba calmándose poco a poco. Instintivamente, se acurrucó junto a mí como una niña desvalida. Tenía un cuerpo duro y flexible a un tiempo, pero en aquellos momentos se estremecía a intervalos como si el frío la dominara, a pesar de que el interior del coche estaba caldeado por la calefacción.

—Pienso en el pobre viejo —murmuró repentinamente—. ¿Qué va a ser de él ahora?

—No lo sé. Habrá que hacer algo.

— ¿Irás a decírselo, Ken?

Titubeé. No era ninguna papeleta agradable.

—Sí, creo que habré de ir yo. Es preferible eso a que lo sepa por la policía. Pero me produce escalofríos pensarlo siquiera.

Ella me miró con cierta simpatía. Entonces la portezuela se abrió y Evans se coló dentro del coche, soplándose las puntas de los dedos.

—Qué perra noche —gruñó.

Miró a la muchacha con el ceño fruncido. Luego, sus ojos se clavaron en mí.

—Creo que será mejor que la llevemos a casa, ¿no crees? Mañana habrá tiempo de hablar con ella. ¿Qué le parece, Shelly?

La muchacha asintió con un gesto. Evans llamó al conductor y le dio una orden. Cuando el coche estuvo en movimiento, explicó:

—Con la nieve que cae es inútil buscar huellas alrededor del cuerpo. Además, parece como si todos los patrulleros de la ciudad hubiesen estado pisoteando el parque.

—Te apuesto que tampoco habrías encontrado nada. Los que han hecho esto son profesionales. Se habrán ocupado de no dejar el menor rastro.

—Sí, seguro —hizo una pausa antes de preguntar—: ¿Qué opinas que debo hacer con el padre de Sam? Temo que va a afectarse de manera terrible.

—Yo le daré la noticia —mascullé entre dientes—. Tan pronto haya dejado a Shelly iré a verlo.

Me miró sin poder ocultar el alivio que mi decisión le producía. Tanto él como yo habíamos conocido a Sam desde hacía muchos años, aunque se hubiera relacionado más conmigo que con Evans. Y todos nosotros

habíamos pasado veladas enteras jugando a cartas con el anciano paralítico porque sabíamos que eso le llenaba de alegría, por cuanto la mayor parte del tiempo estaba solo. De esta forma se había ido creando un nexo de familiaridad, de intimidad, entre todos nosotros.

Comprendí perfectamente los sentimientos de Evans, al ver que le relevaba de una obligación tan desagradable como darle la noticia al anciano.

Reinaba un silencio oprimente. Tan denso que mis nervios lo acusaban mediante una tensión insostenible. A pesar de que el apartamento estaba caldeado por la calefacción, continuos escalofríos recorrían mi espalda, como dedos helados.

Busqué un cigarrillo con dedos torpes y lo encendí, espirando el humo como si de ello dependiera mi supervivencia.

De espaldas a mí, sentado en su sillón de ruedas, el paralítico seguía de cara a la ventana, viendo caer la nieve, en una inmovilidad completa, casi letal.

El anciano era apenas una sombra en la semioscuridad. Oía su respiración agitada, pero eso era todo. No había pronunciado una palabra después del primer estallido de dolor. Y su mutismo acentuaba todavía más el silencio, y yo empezaba a arrepentirme de haber tomado sobre mí la responsabilidad de darle la noticia.

Repentinamente, con una voz baja y neutra, de manera incongruente, el anciano preguntó:

— ¿Qué hora es, Ken?

—Faltan unos minutos para las cinco, señor Gray.

Hubo otro silencio. Luego susurró, con aquella voz que producía estremecimientos:

—En estos últimos tiempos, Sam solía llegar a casa muchas noches... a esta hora.

— ¿No sabe de dónde venía?

—No, nunca lo dijo. Ken...

—Dígame.

— ¿Tú crees que hizo algo malo?

—No lo sé, pero conociendo a Sam, yo apostaría que no.

—No hables de apuestas, Ken. Él... era un fanático de ese vicio.

—Lo siento.

De nuevo calló. A través de los cristales la ciudad era una mancha apenas difuminada por la sabana de nieve que se desplomaba en silencio, sin un soplo de aire que la agitara. Reinaba una quietud fantasmal, un silencio que parecía llenar el mundo y que dentro del apartamento se prolongó durante una eternidad.

El anciano se arrebujó en su gruesa bata, que se había puesto sobre el pijama. Le oí murmurar con una especie de sollozo ahogado. Luego indagó:

— ¿Cómo lo ha tomado Shelly, Ken?

—Está inconsolable.

—Buena chica... Demasiado buena para Sam.

—No diga tonterías. Formaban una pareja estupenda.

— ¿Tú crees?

Me levanté y di unos pasos de un lado a otro. Hubiera preferido que el anciano estallara, que diera rienda suelta a su pena, al dolor tremendo que le dominaba, en lugar de permanecer allí, inmóvil, diciendo tonterías en unos momentos en que la terrible muerte de su hijo era para él como un desplome de todas sus ilusiones y esperanzas.

—Sam era un buen muchacho —dije, como si quisiera convencerme a mí mismo.

—Para mí, sí.

Eso era cierto. Y convertía la muerte de su hijo en una doble tragedia, por cuanto ya no habría quien cuidase del anciano.

Entonces se me ocurrió otra cosa.

— ¿Sabe si Sam tenía dinero en alguna parte, señor Gray?

—Nunca lo supe. Últimamente parecía seguro de sí mismo. Y él solo estaba seguro de sí mismo cuando tenía mucho dinero, aunque después volviera a perderlo en sus malditas apuestas.

—De modo que usted supone que sí tenía dinero, ¿eh?

—Cierto, eso es lo que creo.

Pensé sobre eso. Vagamente, me pregunté si el ataque de que había sido víctima no obedecería precisamente a despojarle de ese capital que tanto su padre como Shelly creían que había conseguido. Pero descarté tal posibilidad en el acto. Para robarle no tenían necesidad de pegarle sádicamente hasta causarle la muerte. No podía ser este el motivo del crimen.

De nuevo, el anciano dejó oír su voz en un ronco susurro:

— ¡Qué solo voy a encontrarme ahora, Ken!

—Nada podrá compensarle por la pérdida de Sam —dije—, pero no debe preocuparse demasiado por su situación. Evans y yo hemos estado hablando de eso. Haremos lo que esté en nuestra mano, ¿comprende?

—No voy a consentirlo, Ken.

—Tendrá que impedirnoslo a tiros —dije, afectando una animación que estaba muy lejos de sentir.

—Estas cosas honran a Sam, tú sabes... Supo crearse grandes amigos... Evans, tú, Roger... el señor Broda...

— ¿Quién?

—El señor Broda.

Me acerqué al anciano. Algo estaba agitándose en mi mente que no conseguía explicarme.

— ¿Quién es ese Broda? No recuerdo que Sam me hablase nunca de él.

—Hacía poco tiempo que tenían amistad. En realidad, Sam creo que lo nombró hace un par de semanas. Luego, él vino a buscarlo una o dos

veces.

—Una amistad reciente —comenté. Pero ese nombre, relacionado con Sam, abría nuevas perspectivas ante mí—. ¿Usted lo conoció personalmente?

—Claro, ya te digo que vino a buscar a Sam.

— ¿Cómo es él?

— ¿Por qué te interesa tanto si no le conoces?

Titubeé. No quería inquietarlo más todavía.

—Solo por si lo he visto alguna vez en compañía de Sam.

—Bueno, es un hombre más bien bajo, fuerte... Tiene una gran cabeza. Me llamó la atención. Además, suele peinarse de cualquier manera, así que el cabello aún hace que su cabeza se vea mayor.

Ahugué un juramento.

—No, no lo conozco —dije entre dientes.

El viejo maniobró su silla de ruedas para enfrentarse conmigo por primera vez desde que le diera la funesta noticia.

—Ken, estoy deshecho —dijo con voz rota—. Sam era mi único apoyo, mi única razón de vivir. Ahora... ahora no me importa nada. Soy un trasto inútil.

—Basta ya, señor Gray.

—Soy un trasto inútil —repitió obstinadamente—. De lo contrario, yo mismo buscaría al bastardo que ha matado a mi muchacho... y lo haría pedazos con estas manos...

Agitó sus grandes puños en el aire. Sentí una tremenda pena por él.

—Eso lo haremos nosotros —dije para calmarlo—. El asesino no escapará, se lo prometo.

Estuvo mirándome en la semioscuridad. Había duda en sus ojos y parecía haber envejecido cien años en una hora.

Luego masculló:

—Sí, ya sé que lo intentarás, Ken. Deja que te diga una cosa... Para Sam, tú eras un héroe.

—Bah, tonterías.

—No, muchacho. Él creía que eras una especie de superhombre. Te admiraba. Si entras en su cuarto, encontrarás en un cajón de su mesa todos los recortes de los periódicos que se han publicado sobre ti. Estaba orgulloso de ser amigo tuyo. Le hubiese gustado ser como tú, incluso hacer tu mismo trabajo.

No supe qué decir. La verdad es que la pena me invadía ante los esfuerzos del padre de Sam por simular una serenidad que no podía sentir. A pesar de todas sus palabras, era como un niño silbando en la oscuridad para alejar el miedo. El miedo a la soledad que le aguardaba...

Repentinamente, susurró:

—Vete ahora, Ken. Quiero estar solo este amanecer.

— ¿Está seguro de que quiere que me vaya?

—Sí.

—Está bien, pero volveré por la mañana. Habrá que decidir la manera de que esté atendido.

—Ya hay tiempo para eso. Ahora déjame solo... He de empezar a acostumbrarme, Ken.

—Creo que Evans también vendrá por la mañana... Nos veremos, entonces.

—Sí... Ken... —cuando me volví, añadió con voz neutra—. Cuida también de Shelly. Va a necesitarte.

Salí a la helada noche experimentando un frío mucho más intenso que el puramente debido a la temperatura reinante. Mientras me alejaba, el nombre de Broda zumbaba en mi cerebro como un molesto moscardón.

Porque Simeón Broda era el mayor tahúr de la ciudad, el más cínico apostador profesional que había existido en la historia delictiva de Nueva York... y hubieran podido decirse muchas más cosas sobre él de haber querido profundizar en su historia criminal.

Habría que hacer algo por ese lado, acabé decidiendo.

Claro que entonces no podía sospechar lo pronto que iba a tener oportunidad de tropezarme con Broda.

Por la mañana dejó de nevar, pero había tanta nieve en las calles, que hasta tanto las máquinas del municipio no limpiasen la calzada, era imposible circular con el coche; de modo que me decidí a chapotear en la nieve en dirección a la Central de Policía.

Una vez allí caí en la cuenta de que hubiera sido más práctico llamar antes por teléfono, por cuanto me dijeron que el teniente Evans había salido y nadie tenía idea de cuándo iba a volver; así que, seguro de encontrarlo en casa del anciano Gray, tomé el «metro» y de nuevo recorrí buena parte de Manhattan con la mente ocupada indefectiblemente por el drama de Sam.

Cuando salí a la superficie, una gran máquina quitanieves lanzaba la blanca cascada a un lado para distracción de un grupo de alborotadores chiquillos, para los cuales aquello era un acontecimiento. Anduve apresuradamente, esquivando como pude las bolas de nieve que los críos lanzaban en todas direcciones. Casi deseé poder volver a la infancia.

Fue justo al subir las escaleras de la casa cuando tropecé con Evans, que ya descendía.

—Vengo de tu despacho —dije—. ¿Cómo está el viejo?

—Aplastado —gruñó, lúgubre—. Ni siquiera me ha dejado que le consolase. Creo que a medida que va haciéndose a la idea de que su hijo está muerto, el odio hacia el asesino va apoderándose de él.

—Es lógico. ¿Has intentado interrogarle?

—Seguro, pero no sabe nada. También él parece creer que Sam estaba a punto de hacerse con mucho dinero, si es que no lo había conseguido ya.

—Lo mismo piensa Shelly.

—Sí, ya lo sé. He estado hablando con ella antes de venir aquí.

—¿No has adelantado nada en la investigación?

—Ya sabes cómo es ese trabajo; estamos en los preliminares... Pero te aseguro que el asesino no escapará.

—Olvidas que fueron más de uno a golpear a Sam —dije con voz sorda.

—No lo olvido. Pero este es una clase de crimen en el que hay un máximo responsable. Apostaría a que los hombres que le golpearon hasta matarlo actuaron por cuenta ajena. ¿Vas a subir a ver al viejo Gray?

—Ya que estoy aquí me quedará unos minutos. ¿Qué tal estaba Shelly cuando has hablado con ella?

—Bueno, ya puedes imaginarlo. Me pregunto de dónde demonios pensaba sacar Sam tanto dinero... Ella es categórica en eso.

—Tengo la impresión de que si supiéramos eso daríamos con el asesino, o por lo menos estaríamos muy cerca de él.

—Sí, esa es también mi idea. Bien, Ken; ya nos veremos.

—Pasaré por tu despacho en cualquier momento. Quiero dar un vistazo al informe del forense y de los peritos. Supongo que no tendrás inconveniente, ¿eh?

—En absoluto. Únicamente te aconsejo que no hagas ninguna tontería. Este es un caso de asesinato y nos pertenece a nosotros todo entero. ¿Lo entiendes?

—Seguro.

Se fue un tanto preocupado y yo acabé de subir las escaleras.

Tal como Evans había dicho, el anciano estaba verdaderamente aplastado. Seguía sentado en su silla de ruedas, frente a la ventana, contemplando el triste panorama de edificios grises y cielo plomizo. Si no hubiese sido porque vestía su traje completo, hubiera podido creer que no se había movido de allí desde que yo me separé de él.

—Siéntate, Ken —dijo—. Evans acaba de irse hace unos minutos.

—Nos hemos tropezado en la escalera. ¿Cómo se siente?

—Mal. Es difícil acostumbrarse a la idea de que Sam está muerto.

—Le comprendo perfectamente, pero no debe usted pensar demasiado en eso. Solo conseguirá amargarse más.

—En realidad, muchacho, pienso en el criminal.

—¿Qué?

—Trato de imaginarlo... y me consuelo pensando en lo que yo le haría si alguna vez cayera en mis manos.

Le miré, inquieto. Estaba muy pálido, y había círculos oscuros alrededor de sus ojos. También sus labios aparecían exangües, como si en su cuerpo no quedara una gota de sangre. Pero el brillo de sus ojos delataba una vitalidad intensa y contenida, comprimida quizá a causa de su parálisis que le condenaba a ver los acontecimientos desde lejos, confinado en su silla de ruedas.

De pronto, dijo:

—Evans parece creer que tú piensas buscar al asesino por tu cuenta. ¿Es cierto?

—Sí.

Ladeó la cabeza en una actitud rígida.

—Adelante, Ken —susurró—. Encuéntralo.

—Bueno, lo intentaré por lo menos.

Como si no me hubiese oído, repitió con los dientes salvajemente apretados:

—Encuéntralo, Ken, y mátalos.

—Cálmese, señor Gray.

— ¡Quiero que muera! —estalló. Era la primera vez que le oía gritar desde que le conocía—. Los abogados pueden burlar al jurado, pero ningún asesino puede escapar a una bala. Yo mismo lo haría si pudiera valerme...

—Tómelo con calma. No es así como va usted a solucionar eso.

—Pero tú lo buscarás, ¿verdad, muchacho? Eres detective... tienes práctica en ese trabajo...

—Un trabajo que pertenece por completo a la policía. No obstante, haré todo lo que esté en mi mano para dar con el asesino. Pero si lo encontramos, deberá ser juzgado. Esa es la ley y no podemos ignorarla.

Siguió mirándome con el ceño fruncido y los ojos relucientes. De repente, se relajó y sus ojos se apartaron de mí. Su voz temblaba cuando dijo:

—Comprendo que tienes razón, Ken... Sé que eso es lo que debe hacerse, pero me ha hecho tanto daño al arrebatarme a Sam... Un hombre en mi situación es doblemente desgraciado si le quitan su única razón de vivir.

Asentí con un gesto, dándole a entender que le comprendía perfectamente. Eso pareció tranquilizarlo un poco. Hubo una larga pausa, tras la cual murmuró:

—Roger me ha telefoneado hace poco. Va a venir también.

—Naturalmente. Él y Sam estaban muy unidos. En realidad, formaba el cuarto de la pandilla desde que andábamos a pedradas por esas calles. ¿Qué hace ahora?

—No lo sé. Sam hablaba de él algunas veces... ¿Es que no lo ves a menudo?

—No mucho. La última vez fue hace unos tres meses, pero solo un momento, en un bar. Él iba acompañado y no quise importunarlo.

—Supongo que de una chica espectacular, ¿eh?

Ese comentario pareció animarlo, de modo que seguí el hilo de sus pensamientos, y dije:

—Sí, una verdadera belleza. Roger siempre fue el más afortunado con las mujeres de todos nosotros... Ni siquiera Evans pudo ganarle nunca por la mano.

—Evans es demasiado serio. Me gusta Roger... quizá porque en su presencia uno se ve forzado a olvidar las tristezas.

—Entonces, le diré que venga a menudo —reí—. Y ahora debo irme, señor Gray. Cuando haya tenido tiempo de hablar con Evans sobre usted, decidiremos la manera de que esté atendido debidamente.

—Gracias, muchacho, pero no te preocupes demasiado. Me arreglaré.

Acababa de levantarme cuando alguien llamó discretamente a la puerta. El anciano movió la cabeza.

—Abre tú, ¿quieres? Y no cierres... A medida que se extienda la noticia vendrá más gente y no quiero andar como una lanzadera de un lado a otro.

—Bien...

Abrí y el hombre pareció extrañarse de verme allí. Se quitó su impecable sombrero gris oscuro dejando al descubierto su gran cabeza.

—Deseo ver al señor Gray —dijo—. No creo que le conozca a usted.

Le dejé paso y entorné la puerta.

—Adelante, Broda —dije—. He oído hablar mucho de usted.

Se volvió despacio, con una expresión de perplejidad en su cara de luna.

—¿De veras? —dijo calmosamente—. ¿Tal vez San le habló de mí?

—No.

—Entonces, no comprendo.

—Algunos policías me han hablado de sus andanzas, Broda. Y toda la gente de los bajos fondos le conocen muy bien.

—Ya veo. ¿Puedo saber quién es usted?

—Ken Landers.

—No me dice nada.

—Tampoco quiero decirle nada más. ¿Qué ha venido a hacer aquí?

—Eso no creo que sea de su incumbencia, amigo, pero ya que insiste le diré que yo era amigo de Sam. Un gran amigo, si he de ser exacto. Tan pronto he oído la noticia por radio he pensado que debía ofrecirme al anciano Gray... Además, hay otro motivo también.

Calló y, como si yo no existiera, pasó por mi lado internándose por el apartamento como si la casa fuera suya. Le oí saludar efusivamente al anciano. Entonces volví atrás y entré también en la sala.

—Estaba seguro de que vendría usted, Broda —decía en aquellos momentos—. Sam le tenía en gran estima.

—Lo mismo que yo a él. Bueno, cumplida esta formalidad, señor Gray, le expondré mi segundo motivo al venir tan pronto he sabido la terrible noticia... En realidad, yo estaba en deuda con su hijo.

Agucé el oído. O todo lo que venía diciéndose de Broda desde hacía años era falso, o aquella actitud no encajaba por ninguna parte.

El viejo enarcó las cejas.

—Verá... Su hijo y yo jugamos unas partidas hace un par de noches. Cuando el juego terminó, yo le debía doscientos ochenta dólares, porque me pilló sin efectivo a mano. Quiero pagarle a usted esa cantidad, señor Gray. Creo que le hará falta.

—Mire, si es una manera discreta de ofrecirme ayuda, yo...

—En absoluto —protestó el tahúr—. Le he dicho la verdad. Pero, ¿de veras no le habló Sam de nuestra partida?

—No, en absoluto.

—Pero él estaba entusiasmado. No por la cantidad que ganó, sino por la suerte fenomenal como se le dieron las cartas. Yo creí que lo habría comentado con usted.

—No me dijo una palabra.

Broda sacó su billetero y separó unos billetes, que dejó cuidadosamente sobre la mesa. Guardó otra vez el billetero y me dirigió una mirada de

soslayo.

—Bien, si ya tiene usted compañía, me marchó. Estoy terriblemente ocupado por las mañanas, señor Gray. Pero volveré a verle... Vendré de vez en cuando si usted me lo permite.

—Por supuesto, venga siempre que quiera. Y gracias por haber venido, Broda. Estoy seguro que Sam hubiera agradecido mucho su gesto.

—Olvídelo. Era dinero de Sam. Bien, buenos días...

Volvió a pasar por mi lado ignorándome por completo. Murmuré una frase de despedida y salí tras él, alcanzándolo al final de la escalera.

—Me ha sorprendido usted, Broda —le espeté, colocándome a su lado —. Nunca hubiera creído que usted fuera capaz de una cosa semejante.

—Usted es muy desagradable, Landers, o como se llame. Si era dinero de Sam, ¿por qué no iba a dárselo al anciano? Lo necesitará.

—Oiga, ahora que se me ocurre, ¿cómo le ganó ese dinero?

— ¿No ha oído lo que he dicho arriba? Jugamos al póker durante un par de horas. Él ganó.

Le dejé que se fuera, siguiéndole con la mirada mientras sus últimas palabras zumbaban en mis oídos como si quisieran convencerme de que mis recelos eran infundados.

Solo que yo sabía muy bien que Sam odiaba el póker. Quizá era el único juego de azar que él no habría jugado jamás.

Me disponía a abandonar mi despacho cuando sonó el teléfono, y al descolgarlo, reconocí la voz de Shelly.

—Hola, gatita —dije—. ¿Qué tal te sientes?

—Terriblemente asustada, Ken. ¿Puedes venir a casa?

— ¿Ahora?

—Enseguida, Ken.

—De acuerdo. ¿Qué ocurre?

—Te lo diré cuando llegues... No me atrevo ni a hablar de ello por teléfono.

—Okey, salgo inmediatamente.

Bajé las escaleras a saltos. La voz quebradiza de la muchacha había puesto alas a mis pies.

Fui en busca del coche al garaje del edificio. Las calles, aunque húmedas y con hielo en algunos parajes, estaban ya transitables, de modo que conduje apresuradamente hacia el domicilio de Shelly preguntándome qué demonios podía haberla asustado hasta aquel extremo.

Pronto lo supe.

Me recibió muy pálida. Llevaba una gruesa bata en la que se arrebujaba cual si tuviera frío, a pesar de que el apartamento estaba calentado en exceso. Sus manos temblaban y el miedo se reflejaba en su mirada.

—Bueno, pequeña, cuéntamelo todo —dije, pasándole el brazo por la cintura y llevándola hacia el confrontable saloncito.

—Me han amenazado, Ken. Una voz horrible.

Me detuve en seco.

—Aclárame eso. ¿Alguien te ha amenazado de viva voz?

—Por teléfono, Ken.

—Ya veo. Pero te habrá dado alguna razón para amenazarte.

La dejé que tomara asiento en el diván y yo me acomodé a su lado. Instintivamente, sus manos buscaron las mías, aferrándose a ellas como si buscara un apoyo, una seguridad de la que carecía.

—Primero solo me ha hecho preguntas...

— ¿Qué clase de preguntas?

—Quería saber si Sam me había hablado de su último negocio y del dinero que había sacado de él. Naturalmente, le he dicho que no. En realidad, estaba furiosa porque aquel hombre hablaba de Sam despectivamente.

—Sigue.

—Ha repetido un par de veces que quería la verdad. Después me ha dicho que si le había mentido me ajustaría las cuentas, y que si descubría

que yo estaba enterada del último negocio de Sam me harían lo mismo que le habían hecho a él... pero más despacio, con menos prisa. No sé qué ha querido decir con eso, pero casi me he desmayado.

—Yo sí lo sé —mascullé, rechinando los dientes—. ¿Qué más te ha dicho?

—Nada más. Después de eso ha colgado, pero todavía ha añadido que me tendrían vigilada por si le había mentido.

— ¿Eso es todo?

— ¿Te parece poco? —saltó, con los nervios a flor de piel.

—Cálmate, gatita; no debes preocuparte más de la cuenta. ¿Vas a hablarle a Evans de esa amenaza?

— ¿Crees que debo hacerlo?

—Sin ninguna duda.

—Está bien. ¿Quieres llamarlo tú, Ken?

Lo intenté, pero su teléfono comunicaba, de modo que volví al lado de la asustada muchacha y de nuevo sus manos volaron en busca de las mías.

—Ahora es preciso que recapacites a fondo, pequeña —decidí—. Si ese fulano, sea quien sea, cree que Sam pudo haberte hablado de un negocio importante, no cabe duda que ese negocio se realizó. ¿Estás segura de que él no mencionó nunca la clase de lío en que estaba metido? Porque ahora ya sabemos que lo mataron a causa de ese supuesto «negocio»...

—Todo lo que él me dijo fue lo que ya te conté. No hubo más referencias al dinero que iba a poseer.

—Eso no nos lleva muy lejos. No obstante, el tipo del teléfono parecía seguro de que Sam te había hablado... O quizá era un *bluff*, después de todo. Tal vez no sabía nada y quería tirarte de la lengua... En ambos casos, niña, creo que has hablado con el asesino de Sam.

Ella se estremeció.

—Yo también he pensado en eso, Ken.

— ¿Cómo era su voz?

—Horrible. Daba escalofríos. Era una de esas voces huecas, como si saliera de una caverna...

—Un truco, por supuesto. Eso puede dar a entender que teme que reconozcas su voz, ahora o en el futuro. De lo contrario, ¿por qué tomarse el trabajo de disimularla?

— ¿Crees que era alguien a quien conozco? —gimió, temblando.

—O a quien es posible que llegues a conocer en un futuro próximo. Oye, ¿te habló Sam alguna vez de un tipo llamado Broda? Simeón Broda.

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

— ¿Quién es?

—Un tahúr.

— ¿Era amigo de Sam?

—Él dice que sí. Y el padre de Sam parece confirmarlo, aunque yo no

estoy tan seguro.

— ¿Por qué, Ken?

—Porque Sam odiaba jugar a cartas, especialmente al póker.

—Ya lo sé. Juraba que nunca tomaría parte en una partida.

—Ajá... Bueno, Broda asegura que Sam le ganó al póker.

Conté la visita del tahúr al padre de Sam. Ella enarcó las cejas.

—Qué extraño... No creo que Sam jugara esa partida.

—Yo tampoco.

—No obstante, Ken, quizá Broda solo ha querido ayudar al anciano y lo ha hecho de esa manera, considerando que era más delicado que ofrecerle dinero directamente, como si fuera una limosna.

—Bobadas. Simeón Broda es un bastardo sin conciencia ni moral, uno de los peores granujas que pueblan el hampa de la ciudad. En su vida ha sabido lo que es un impulso noble.

—Entonces, ¿por qué crees que ha hecho eso?

—No lo sé, pero después de esa llamada que has recibido tú empiezo a tener otras ideas.

— ¿Cuáles, Ken? Estoy segura de que serán acertadas...

—Broda quería saber si Sam había hablado con su padre de algo relacionado con él. De ahí sus preguntas al respecto, y la excusa de esa cantidad entregada como deuda de juego... Un pretexto.

— ¿Y eso qué tiene que ver con la llamada telefónica?

— ¿No lo comprendes? Broda no podía irte a ti con el mismo cuento de la deuda de juego. En realidad, no tenía ningún pretexto para acercarse a ti sin infundirte sospechas. Por eso ha decidido hacer esa prueba por teléfono... Habrá que hablar con Evans de este asunto. No me gusta.

Ella levantó la cara hacia mí, inquieta e intrigada a un tiempo.

—Ken, ¿crees que corro algún peligro?

—No lo sé, pero, o yo no sé nada de la táctica de esa gentuza, o volverá a amenazarte de nuevo. Su plan es desmoralizarte, asustarte tanto que cuando haga el último intento estés tan aterrorizada que le confieses todo lo que sepas respecto al negocio de Sam. Entonces obrará según esos conocimientos tuyos...

— ¡Pero si no sé nada de eso!

—Bien, pero él no lo sabe. Quiere estar seguro de tu ignorancia. Se estremeció.

—Tú quieres insinuar que él es el asesino y que si yo supiera eso que le inquieta me mataría también, ¿no es cierto, Ken?

—Bueno, no olvides que son solo suposiciones...

—Pero con fundamento... ¿Qué me aconsejas que haga?

—Contárselo a Evans. Él puede poner un agente para custodiarle.

—Pero no sabemos cuánto tiempo durará esto, Ken...

La miré. Su hermoso rostro era una máscara de temor. Los labios le

temblaban. Eran suaves y túrgidos y estaban demasiado cerca de mi cara para que mi pulso se mantuviera normal. Siempre me había impresionado su proximidad, y las cosas no habían mejorado con la muerte de mi amigo.

—Si Broda es culpable, no tardaremos mucho en probarlo, puedes estar segura. Entonces todo volverá a la normalidad.

Tras un silencio, comentó en voz baja:

—No acabo de creer que Sam tuviera amistad con un hombre de esa calaña, Ken...

—Alguna relación había entre ellos, Shelly. Broda estuvo en el apartamento de Sam un par de veces. El viejo lo recuerda muy bien.

—Si se mezcló con esa gentuza, Ken...

—Él ha muerto, pequeña —la interrumpí—. Es inútil que te tortures pensando estas cosas. Tal vez Sam se dejó tentar por una ocasión, o quizá se dejó engatusar, cualquiera sabe... Pero te repito que no debes preocuparte por eso ahora. ¿Estás dispuesta a hablar con Evans de este asunto?

—Claro...

Volví a intentar comunicar con él por teléfono. Esta vez tuve más suerte y le conté a grandes rasgos lo que había sucedido últimamente. Cuando me prometió venir inmediatamente colgué y volví al lado de la muchacha.

—Él pondrá protección a tu alrededor, pero durante unos días debes abstenerte todo lo que te sea posible de salir a la calle. No sabemos lo que ese granuja puede decidir.

—Me gustaría que fueras tú quien estuvieras cerca, Ken —murmuró.

—Eso es imposible, gatita.

—Ya lo sé, pero siempre he tenido una gran confianza en ti. Quizá Sam contribuyó a que esto sea así, puesto que, para él, tú eras poco menos que un superhombre.

—Tonterías. Quería reírse de ti.

—No, Ken; a veces decía que le hubiera gustado ser como tú.

—Él era mejor que yo...

—Sabes perfectamente en qué aspecto quería decir...

—Hablemos de otra cosa —decidí, molesto—. Por ejemplo, ¿qué piensas hacer con tu trabajo? Tengo entendido que te habías despedido...

—Lo hice a instancias de Sam, para prepararlo todo para casarnos. Pero yo tenía el convencimiento de que no saldría bien. A pesar de que me esforzaba por creer en él, nunca pude confiar plenamente. Era tan inconsecuente, tan variable...

Me levanté. Yo sabía que cuanto ella decía de Sam era cierto, pero él estaba muerto y ese hecho barría todo lo demás.

Estuve unos minutos pegado a la ventana, de espaldas a ella. La oí moverse de un lado a otro, y luego su voz anunció:

—He preparado una bebida para ti, Ken...

Me volví. Ella se acercó con un vaso en la mano. Lo tomé y saboreé el whisky. No dijimos nada, solo nos miramos al fondo de los ojos. Entonces supe que ella conocía mis sentimientos desde mucho tiempo antes, los sentimientos que había mantenido cuidadosamente ocultos porque ella era la novia de Sam...

Poco después, Evans llegó y su entrada rompió la tensión y pude volver a respirar tranquilo... en cierto modo.

Había anochecido cuando abandonamos el apartamento de Shelly. El detective de paisano escuchó las instrucciones del teniente referentes a la vigilancia de la muchacha, tras de lo cual Evans y yo salimos a la calle preocupados ambos por lo mismo. Una vez fuera él dijo:

—No me gusta eso, Ken. Tú sabes lo difícil que establecer una vigilancia de ese tipo... y yo no puedo disponer de los hombres necesarios para cubrir todos os posibles riesgos.

—Haces lo que puedes, Evans. De todos modos, vendré en todas las ocasiones que pueda y tu muchacho podrá descansar.

—¿Crees ciertamente que Broda es quien está detrás de todo esto?

—De momento, es el único sospechoso que tenemos. Y ya te he dado mi versión de su absurda visita al anciano. No creo que Sam jugase esa partida.

—Es un razonamiento que tiene sentido. Pondré a algunos de mis hombres tras su pista, pero Broda se mueve por tantos planos distintos que va a ser difícil establecer en cuál de ellos se mezcló con Sam.

—Eso creo que podremos saberlo si acudimos a los lugares adecuados... Ya sabes; apostadores, representantes de centros de juego y toda esa morralla. Yo tengo algunas relaciones en ese ambiente. Veré si me sonrío la suerte.

—Ten cuidado, no sería nada divertido que te pasaras de rosca y tuviera que proceder contra ti. ¿Entendido?

—Eres un gran tipo dando ánimos a la gente, Evans.

—Sí, bueno. ¿Quieres que te lleve a alguna parte?

—No, gracias. Tengo el coche ahí... delante de la boca de incendios.

—Debí suponer que era el tuyo...

Se echó a reír, entró en su auto oficial y se marchó. Yo aparté el mío de la acera y tomé rumbo a mi primer contacto de la noche.

Kurnitz era un individuo asombrosamente delgado y tan alto que uno se preguntaba cómo demonios podía arreglárselas para mantenerse erguido sin partirse por la mitad. Acentuaba su aspecto ridículo vistiendo trajes demasiado grandes para él. En todas las épocas del año llevaba la misma corbata de un rojo rabioso, pero su color casi había desaparecido en el nudo y sus alrededores a causa de la mugre que la impregnaba.

Como ya suponía, a aquellas horas solo podía encontrarse en la taberna de «Boat Street», un tugurio siempre abarrotado de gentes aficionadas a los caballos y las apuestas. A pesar de estar fuera de temporada todo el mundo hablaba con animación de caballos, apuestas y cantidades.

Mas, si uno prestaba atención y conocía un poco aquella jerga, pronto se daba cuenta de que se hablaba de otras clases de apuestas, incluso de lotería, de «números» y otros engañabobos por el estilo.

Localicé a Kurnitz al final del mostrador, enfrascado en la lectura de un periódico de la noche. Cuando me vio hizo una mueca que no auguraba nada bueno. Incluso creí notar que su esqueleto se estremecía dentro del holgado traje oscuro que le daba aspecto de cadáver a punto de amortajar.

— ¿De qué vives ahora, Kurnitz? —le espeté—. Debe ser un problema la falta de carreras...

—Todavía se corre alguna en Santa Anita —rezongó—. ¿Qué buscas aquí, hurón?

—A ti.

—Debí suponer que hoy sería mi día perro...

—Has leído el periódico, ¿no es cierto?

—De arriba abajo.

— ¿Qué te parece la muerte de Sam Gray?

—No me hables de eso, me pone enfermo. Sam era un buen muchacho.

—Alguien no opinaba lo mismo. Él te daba a ganar algunos dólares de vez en cuando, ¿no es cierto?

—Bueno, muy de tarde en tarde...

—Pero le conocías bien.

—Seguro. Bebíamos juntos muchas veces. Nunca permitía que pagase yo.

—Ya veo.

Hice una seña al mozo, y cuando acudió señalé la copa vacía del apostador y pedí dos de lo mismo. Luego volví a la carga.

—Sé que lo mataron por algo relacionado con las apuestas o el juego, Kurnitz. ¿Qué puedes decirme sobre eso?

—Nada. Estás loco si piensas que yo sé una palabra de eso.

—Tú estás metido hasta las cejas en este ambiente. Oyes rumores, conoces a toda clase de tipos. Alguien debe comentar el suceso... son esos comentarios que quiero que escuches para mí.

Respingó, indignado.

— ¿Pretendes que me convierta en soplón en tu obsequio, hurón?

—No me vengas con historias. Eres un soplón nato. Vendes tus informes al mejor postor, tanto si es policía como pistolero. ¿Olvidas que te conozco desde hace mucho tiempo, Kurnitz?

—Tú me pones enfermo. No cuentes conmigo para ese trabajo.

—Lo malo para ti es que cuento contigo...

Callé mientras el mozo colocaba las bebidas delante de nosotros. Le pagué para que nos dejara en paz y entonces añadí:

—Es muy sencillo. Si no colaboras, el teniente Evans oirá hablar del tipejo que desvalijó al anticuario de Park Row. Tú sabes mucho de eso,

Kurnitz, viejo bastardo.

Cogió su copa y por un instante creí que se disponía a arrojármela al rostro, pero lo pensó mejor y bebió su contenido de un solo trago. Cuando la dejó, dijo con voz sepulcral:

—Es la segunda vez que me chantajeas con eso, hurón... Cuando me canse te cerraré la boca.

—Seguro que te gustaría hacerlo. Ahora, muévete.

—Bebe.

Acabé con mi bebida y él pidió dos más, diciendo con un gruñido:

—Estas las pagaré yo, solo para no deberte nada.

Me eché a reír y eso acabó de enfurecerlo. Pero no dijo una palabra más hasta que hubimos vaciado los nuevos vasos y yo me dispuse a marchar. Entonces, sin mirarme, refunfuñó:

—Haré algo por ti, hurón; pero nunca más te acerques a mí si aprecias tu salud. Esta es la última vez.

—Me asustas, Kurnitz...

Esbozó una mueca despectiva, que contrajo absurdamente los músculos de su rostro cadavérico. Tras semejante exhibición de desprecio dijo:

—Hay un jockey llamado Hendreeling. Búscalo y hazle preguntas. Sabe mucho.

Volví a encaramarme en el taburete.

—¿Sabe mucho de qué?

—Tuvo tratos con Gray. Sé que se entrevistaron varias veces con mucha discreción, fuera de la ciudad.

—¿Y tú crees que puede estar relacionado con la muerte de Sam?

—Yo no creo nada, no sé nada. Búscalo y pregúntale.

—Por supuesto que le buscaré. ¿Cuándo se entrevistaron la última vez, lo sabes?

—No... Te he dicho todo lo que ha llegado hasta mis oídos.

—Sigue tendiéndolos a todo lo que se hable sobre este asunto. Dime dónde vive ese jockey y te dejaré en paz.

—Suele tener alquilada una habitación en el Memorial Hotel. No puedo decirte más.

—De momento, es suficiente. Suerte, Kurnitz.

—Sí, suerte —masculló, furioso—. Algún día, alguien te clavará un cuchillo donde más te duela. Entonces me emborracharé, hurón.

Lo dejé allí, sumido en ese amoroso sueño. No obstante, yo sabía que Kurnitz era capaz de hacer conmigo todo lo que ansiaba, solo que no lo haría a menos que tuviera la absoluta certidumbre de que saldría impune. Y su misma cobardía le impediría llegar nunca a esta certidumbre, lo cual no dejaba de ser una suerte para mí.

Mientras me dirigía en busca del jockey me pregunté qué progresos estaría realizando Evans por su parte. Estuve seguro de que no podría

alcanzarme a menos que se decidiera a cribar los mismos fondos que yo estaba tanteando...

El Memorial Hotel se alzaba a espaldas del «Bowery», y de hotel solo tenía el nombre. Era un edificio viejo, de seis o siete plantas, que en un principio ocupó toda una manzana, pero los años, las crisis y las especulaciones habían ido recortándolo hasta dejarlo convertido en una fonda sumergida dentro de los edificios que habían surgido a su alrededor, en los espacios arrebatados a su pasada grandeza.

Estacioné el coche al otro lado de la calle, cerré el contacto y, tras encender un cigarrillo me dispuse a cruzar hacia el vestíbulo, iluminado con una pobre luz amarillenta.

Entonces vi aparecer un hombre. Se detuvo un instante en la entrada del hotel, subió el cuello de su gabán hasta las orejas y se alejó calle abajo a buen paso. Sin lugar a dudas, se trataba de Simeón Broda.

No me cupo duda de que salía de visitar al jockey. Este había tenido relación con Sam, lo mismo que Broda. Pensé que el tal Hendreeling tendría mucho que contar una vez presionado convenientemente.

El vestíbulo estaba desierto. Una puerta cubierta por una raída cortina, situada a un lado de recepción, prometía ser esperanzadora, de modo que me dirigí a ella, levanté la cortina y asomé la cabeza.

Un hombre gordo dormitaba sentado en una vieja butaca. Su gran barriga parecía a punto de desbordarse fuera del pantalón. Tenía la boca abierta y respiraba igual que una foca.

Entré, le sacudí y tras no pocos intentos para despertarlo abrió los ojos y parpadeó.

— ¿Qué demonios pasa? —farfulló, enderezándose con dificultad.

—Busco a Hendreeling. ¿Cuál es su habitación?

—Setenta y dos.

Cuando salía del cuchitril, el hombre volvía a entregarse ya en brazos de un pesado sueño.

Probé el ascensor, pero no funcionaba, así que me lancé escaleras arriba hasta localizar la habitación del jockey. Me disponía a llamar cuando advertí que la puerta no estaba cerrada, de modo que la empujé suavemente, colándome al interior sin más trámite.

El jockey yacía de través sobre la cama. Las ropas estaban revueltas y había suciedad por todas partes. No era un lugar agradable para vivir.

Pensé que el tipo estaría borracho, pero al acercarme descubrí que había sido un buen sitio para morir. La cara violácea, la lengua negruzca y las marcas inconfundibles en su cuello delataban la manera como habían acabado con él.

Me eché atrás, con un cosquilleo en todos mis miembros. Estuve contemplando el cadáver un buen rato, recordando las prisas de Broda por abandonar el hotel, la ausencia del encargado en el vestíbulo para facilitar las cosas al asesino... la puerta abierta y el ascensor inutilizado...

Di un vistazo a mi alrededor. No se advertían señales de un registro, quizá porque el desorden era tan completo que podía camuflarlas. No obstante pensé que no había nada que pudiera ayudarme allí dentro, por cuanto cualquier detalle comprometedor era indudable que el asesino debía haberlo hecho desaparecer.

Lo único que hice fue tantear los bolsillos del cadáver. Examiné sus documentos, convenciéndome de que se trataba del hombre al que había ido a buscar. También guardaba varios recortes de periódicos deportivos relativos a las carreras de caballos, con los nombres de los animales y breves historiales de cada uno.

Lo dejé todo tal como lo había encontrado. Broda había sido un imbécil esta vez, me dije. Pronto iban a complicarle la vida.

Descolgué el teléfono protegiéndome la mano con un pañuelo. Cuando pude hablar con Evans le informé de que tenía un cadáver entre manos, y del lugar en que me hallaba. Al terminar le espeté:

—Antes que salgas para acá, Evans, cursa una orden de detención contra Broda. Ha salido del hotel cuando yo me disponía a entrar.

—¿Simeón Broda?

—¿Es que hay otro hampón del mismo nombre?

—Afortunadamente no. ¿Crees que salía del apartamento de ese jockey?

—Eso habrá que confirmarlo, pero personalmente, opino que no podía salir de otra habitación que no fuera esta en que me encuentro.

—Está bien, daré orden de que lo cacen. Tú no toques nada hasta mi llegada.

—Puedes subir directamente a la habitación —dije con sorna, antes de colgar—. El encargado de noche está durmiendo en su cuarto.

—Un servicio así de eficiente, ¿eh?

Cortó la comunicación y yo deposité el auricular en su sitio.

Entonces descubrí el abrigo tirado sobre el respaldo de una silla. Tomándolo, registré los bolsillos. Solo en uno de ellos encontré un recorte de periódico, junto con una pequeña nota en la que había escrito:

«FIFTH LADY»

El recorte correspondía a la última carrera disputada en Santa Anita. Lo leí de arriba abajo, enterándome del comportamiento de cada uno de los caballos en la prueba más importante del fin de temporada. Y uno de los caballos, mejor dicho, una yegua casi desconocida llevaba el nombre que

constaba escrito en el trozo de papel: «Fifth Lady».

Cuando Evans llegó en compañía de sus hombres, me encontró sentado en una butaca cuyos muelles amenazaban con dispararse en mis posaderas. Todavía conservaba en la mano el recorte de periódico y el papel.

No perdió tiempo en los preliminares. Distribuyó el trabajo a los peritos, dio un vistazo al cadáver y tras esto vino recto hacia mí.

—Ahora, lumbrera, espero que me digas qué te ha hecho llegar hasta aquí. Porque no me cabe duda que ese desgraciado tenía alguna relación con lo sucedido a Sam.

—Un confidente me habló de las entrevistas entre Hendreeling y Sam. Muy discretas, fuera de la ciudad, por eso he venido, para tratar de averiguar qué había entre él, Sam y Broda.

—Hablando de ese alacrán... ¿Estás seguro de que era él quien salía del hotel cuando tú llegaste?

—Podría jurarlo.

—Está bien, no irá muy lejos... ¿Qué demonios son esos papeles que agitas como si se tratara de una bandera?

—Míralo tú mismo; un recorte de periódico relacionado con las carreras de caballos. Y uno de los animales que corrían lleva por nombre «Fifth Lady», el mismo nombre que hay escrito en ese papelito.

Los examinó exhaustivamente, lanzando cortos gruñidos ininteligibles. Al final comentó:

—Si es cierto que Sam tenía relación secreta con Hendreeling, no es descabellado suponer que este recorte y ese nombre pueden ser importantes. Pero veo que no hay los nombres de los jockeys que montaron los caballos en esa carrera. Habrá que averiguar si Hendreeling fue uno de ellos en esta ocasión.

—Eso parece que va a ser bastante fácil... aunque opino que habrá que averiguarlo no solo en esta carrera, sino en otras. Si hubo una confabulación para ganar con truco, igual pudo ser en esa como en cualquiera de las celebradas últimamente en Santa Anita.

—Me parece que hemos dado con algo —farfulló—. Cuando le echemos el guante a Broda tendrá mucho que explicar.

—De todas formas, recuerda que ya otras veces ha estado detenido y siempre se ha escabullido. Es listo como el diablo, y probarle cualquier cosa resultará difícil.

—Veremos.

Tras una pausa, que aproveché para encender un cigarrillo, dije:

—Supongo que tu agente en casa de Shelly no habrá comunicado ninguna novedad...

—En absoluto.

Los fotógrafos reclamaron su atención para consultarle algo, de manera que aproveché para despedirme y abandoné el hotel. Mientras él

encontraba tiempo para averiguar los datos de las carreras de caballos, me dije que yo podía aprovechar el tiempo haciéndolo por otros canales, aun a riesgo de provocar demasiado a Kurnitz en una sola noche.

Solo que no encontré a Kurnitz por ninguna parte. La taberna seguía atestada de la misma clase de público, y el alboroto de las conversaciones continuaba sin haber cesado. Pero el delgado individuo había desaparecido.

Contrariado, pedí un whisky y me acodé en un hueco del mostrador. Quince minutos más tarde, a pesar de haber estado reflexionando sin cesar, me rendí a la evidencia de que, hasta tanto no echasen el guante a Broda no adelantábamos un paso. Podríamos averiguar todos los detalles referentes a aquella carrera, pero eso no nos serviría de nada. Incluso era muy posible que la nota y la reseña no tuvieran tampoco nada que ver con el crimen. Un jockey es muy lógico que conserve reseñas de carreras de caballos. A fin de cuentas, es su profesión y de ellas viven.

Decidí que, por aquella noche, todo lo que me quedaba por hacer era comprobar que Shelly estaba bien y que no había ocurrido nada sospechoso en relación con ella, de modo que pagué y, apartándome del mostrador, me disponía a largarme cuando una voz exclamó:

— ¡Caray, Landers! ¿Qué hace en este vertedero?

Me volví en redondo, para tropezar con la aguda mirada de Tom Fulton, un reportero independiente famoso por las cantidades de whisky que era capaz de soportar sin caer fulminado.

—Eso podría preguntarle yo, Fulton —dije—. Su especialidad no es escribir sobre carreras ni apuestas.

—Se asombraría de la cantidad de temas que surgen en este ambiente. ¿Una copa?

—Bueno.

Cuando tuvimos los vasos a mano comentó:

—Fue algo terrible lo sucedido con Sam Gray. Usted debió sentirlo, puesto que eran íntimos.

Le miré con nueva atención.

—Ya veo. Es detrás de esto que está aquí, ¿eh?

—Bueno, he pensado que podría oír cosas interesantes sobre este asunto. Gray era un fanático de las apuestas, usted lo sabe muy bien. Y sé que frecuentaba este agujero muy a menudo.

— ¿Y ha conseguido saber algo de interés?

—Todavía no. Hay algo extraño en ese crimen, Landers, aunque supongo que ya se ha dado usted cuenta, puesto que no es ningún tonto...

— ¿A qué se refiere?

—A la falta de reacción entre la morralla de costumbre. Por lo general, cuando sucede algo semejante hay una riada de rumores y comentarios en

voz baja. Nadie dice nada concreto, pero si uno tiene experiencia y sabe escuchar reúne valiosos datos y opiniones que le orientan. Pero en este caso no es así. Cualquiera creería que el crimen no se cometió.

— ¿Y a qué imagina usted que es debido, Fulton?

—Regístreme.

Bebió la mitad del contenido de su vaso, tosió y tras esto dijo:

—Me convendría poder exprimir ese filón. Llevo un tiempo vendiendo «rutina» y esto desacredita a cualquiera. Si ahora pudiera explotar a fondo esta noticia volvería a «cotizarme». ¿Acierto si digo que usted está aquí por motivos más o menos parecidos a los míos, aunque con distinto fin?

—No se equivoca.

— ¿He de entender que está efectuando una investigación por su cuenta?

—Reúno datos, poco más o menos como usted.

—No trate de esquivar la cuestión. Otras veces, usted «ha sido noticia», Landers, de modo que puede volver a serlo en cualquier momento. ¿Qué ha averiguado?

—Nada, ahí está la dificultad. A propósito, ¿qué entiende usted de carreras de caballos?

—Teniendo en cuenta el dinero que me cuestan, debería ser un experto en la cuestión. Pero la realidad es que nadie entiende nada de caballos, amigo. ¿Por qué, va a apostar?

—No, pero me interesa saber un par de cosas sobre la última función de Santa Anita.

—Pregunte. Esa fiesta me costó casi cien pavos.

—En la carrera grande corrió una yegua llamada «Fifth Lady».

— ¿Y...?

— ¿Qué jockey la montó?

—Espere que recuerde... Supongo que ya sabe que esa yegua ganó contra todo pronóstico...

—No lo sabía. Todo lo que había leído hasta ahora era una reseña de los caballos que tomaban parte en la carrera.

—Pues es cierto; ganó casi por un cuerpo de ventaja sobre «Eyesore».

—Bueno, pero ¿quién la montó?

—No puedo acordarme... No era ningún chico de los famosos, eso por supuesto... ¿Le interesa mucho ese dato?

—Bastante.

—Entonces, espere a que llame por teléfono.

Me dejó para efectuar la llamada, momento que aproveché para beber mi whisky y darle vueltas mentalmente al hecho de que el nombre de la yegua que Hendreeling llevaba escrito en el papel fuera el de la ganadora del Gran Premio de fin de temporada.

Fulton no tardó más de unos minutos en estar de vuelta.

—Honey Brackett —me espetó sin preliminares—. Ese es el nombre del jockey.

—Yo pensaba que su jinete había sido un tal Hendreeling.

Detuvo el movimiento de llevarse el vaso a los labios y sus ojos astutos cargados de sospecha se clavaron en mí como dardos.

— ¿De dónde ha sacado semejante idea?

—Un rumor.

—Pruebe otra vez.

— ¿Por qué? Oí a alguien comentarlo, eso es todo.

—Afortunadamente, usted no sabe una palabra de carreras de caballos ni de nada relacionado con ellas, eso hace que no se dé cuenta de cuándo mete la pata.

—Adelante, ilústreme.

—Todo el que sabe un poco de estas cosas, está enterado de que Hendreeling fue echado a patadas de la profesión. Jamás volverá a correr en una carrera, ni siquiera en las de menos categoría... No creo que ni siquiera le dejen entrar en los hipódromos.

— ¿Por qué?

—Por «chanchullos». Alguien descubrió que aceptaba dinero para «frenar» el caballo que montaba, o entorpecer a los más peligrosos con malas artes.

— ¿Cuánto tiempo hace de eso?

—No lo sé, pero en todo caso debe oscilar alrededor de un año.

—No sabía una palabra.

—Ya me he dado cuenta. ¿Qué relación hay entre Hendreeling y la muerte de Sam?

—Yo no he dicho que la hubiera.

—No es necesario que lo diga usted, Landers. Es suficiente que ese nombre le preocupe cuando está investigando el asesinato de Gray.

—Bien, noticia por noticia, Hendreeling ha sido asesinado esta noche, en su habitación del hotel Memorial. La noticia todavía no ha sido dada a la Prensa.

Pego un salto fuera del taburete.

— ¡Y no me lo dice hasta ahora! —exclamó—. No importa, si llego antes que los demás.

Salió de estampía, con lo cual me libré de que siguiera haciéndome preguntas a las que no hubiera podido responder.

No obstante, él me había ayudado en cierto modo, y no solo con sus informes referentes al jockey, sino en su aguda apreciación de un fenómeno que no dejaba de ser sorprendente. Fulton estaba en lo cierto al decir que todo crimen en que interviene el hampa desencadena oleadas de comentarios en voz baja en ciertos ambientes, suposiciones hechas murmullo, rumores y más rumores sobre los posibles autores.

Mas, en el caso de Sam, eso no había sucedido. Me pregunté el porqué de semejante anomalía y decidí que valía la pena profundizar un poco más en ese extraño fenómeno.

Al llamar a la puerta fue el detective quien acudió a abrir. Tenía la mano sospechosamente hundida en el bolsillo de la chaqueta. La retiró al reconocermela.

—Pase usted, Landers —dijo, cerrando detrás de mí—. Por aquí todo va bien.

— ¿No han habido llamadas telefónicas?

—Ninguna.

— ¿Y la muchacha?

—Se ha acostado hace un rato.

—El teniente Evans le mandará un relevo por la mañana, pero si quiere descansar un poco yo me quedaré ahora. Puede acostarse en la habitación pequeña, si lo desea.

—No, pero haré café. ¿Le apetece?

—Estupendo, gracias.

Se fue a la cocina y yo me instalé en el diván del saloncito. Acababa de encender un cigarrillo cuando oí abrirse una puerta detrás de mí y, al volver la cabeza me encontré con Shelly, que salía de su dormitorio arrebujándose en su bata rosada.

—He supuesto que eras tú quien había llamado a estas horas... ¿Dónde está mi guardián?

—Haciendo café. ¿Te sientes bien, gatita?

—Por lo menos, más tranquila. Es reconfortante la presencia de ese hombre.

Tomó asiento a mi lado.

—Deberías estar acostada —comenté—. Todos estos acontecimientos te han agotado y necesitas descanso.

—Tengo tiempo de sobra para descansar. ¿Qué has estado haciendo tú, Ken?

No quise hablarle del nuevo crimen para no desmoralizarla más, de modo que respondí con evasivas. Después, para desviar la conversación hacia otros derroteros, dije:

—He pensado mucho en el viejo Gray, pequeña. Creo que hablaré con Roger para saber su opinión antes de decidir, pero entre Evans, él y yo creo que podríamos solucionar una buena parte de su problema...

— ¿Sabes que no me atrevo a ir a verlo? Me horroriza la idea de enfrentarme con él... y contemplar su dolor.

—Puedes dejar pasar unos días. Luego será más fácil.

—Es un hombre silencioso y penetrante —suspiró—. Creo que él me comprendía mejor que Sam.

—No me sorprendería. Un hombre en sus condiciones desarrolla en

gran manera sus dotes de observación.

—Había veces que se pasaba largos ratos sin decir una palabra, mirándome. Cuando le sorprendía se limitaba a sonreír y a mover la cabeza. Pero volvía a mirarme hasta que Sam se ponía nervioso y solo entonces desviaba su atención de mí.

—Quizá quería acostumbrarse a tu presencia. Después de todo, ibas a casarte con su hijo.

—Él no estaba muy seguro de eso.

—¿De que te casaras con Sam?

Asintió con un gesto. Luego añadió:

—Algunas veces no se recataba de decir a Sam que yo era demasiado buena para él. En otras ocasiones, cuando estaba de mal humor, le reprochaba su costumbre de apostar, estando pendiente la boda y todo eso. Entonces le echaba en cara que no era bueno para mí y que yo haría muy bien en hacer marcha atrás. Pero Sam nunca lo tomaba en serio.

—Estaba demasiado seguro de ti.

—Tal vez... Tan seguro de mí como yo estaba insegura de él. Y con el tiempo mi inseguridad aumentaba, puedes creerlo.

No supe qué decir. Una vez más, la vieja sensación de zozobra a su lado me invadió. De nuevo fue ella la que habló:

—Desde que Sam ha desaparecido he pensado mucho, Ken. Ahora me parece todo tan distinto, tan lejano, que tengo una mejor perspectiva para analizarme a mí misma.

—Shelly...

Me miró, esperando que siguiera. Tal vez hubiese dicho más de lo que deseaba, pero la entrada del detective con un tazón de humeante café en cada mano lo impidió. Di un suspiro de alivio. Él pareció un poco azorado al ver a la muchacha levantada.

—Creía que estaba usted durmiendo —dijo—. Por eso no he hecho café para usted, aunque puedo hacérselo si le apetece.

—No podría beberla a estas horas, gracias.

Me entregó mi taza, nos dirigió una mirada con el ceño fruncido y se alejó, yendo a sentarse en el rincón más alejado.

Bebí la ardiente infusión sintiendo sobre mí los brillantes ojos de Shelly. Cuando dejé la taza comentó:

—¿Sabes si Evans ha hecho algún progreso, Ken?

Titubeé. No podía hablarle del asesinato del jockey.

—Está buscando a Broda —dije—. Quiere interrogarle a fondo.

Entonces, el timbre del teléfono nos hizo pegar un salto a los dos. Desde su rincón, el detective se levantó también y titubeó. Me apresuré a pararlo antes que se acercase al aparato.

—Deje que sea ella quien responda —dije—. Si es el bastardo que la amenazó será preferible que no sospeche que está protegida.

—¿Crees que es él, Ken? —susurró ella, asustada.

—Puede serlo, por supuesto. A menos que se trate de Evans interesándose por saber cómo marchan las cosas por aquí.

Ella se acercó despacio al teléfono, mientras el timbre seguía escandalizando.

—No te apresures— le aconsejé—. Lógicamente, deberías estar en la cama, de modo que debe pasar cierto tiempo antes de descolgar.

— ¿Y qué debo decir?

—Actúa como si estuvieras tú sola, sin nadie a tu lado. Yo trataré de escuchar también. Ahora puedes responder.

Se llevó el auricular al oído. Le pasó un brazo por la cintura, pegando el oído al aparato, con la cabeza junto a la suya. Noté cómo temblaba.

— ¿Quién habla? —murmuró ella.

Como si viniera de muy lejos, pero audible a pesar de todo, una voz de hombre, baja y con un extraño tono gutural y retumbante, dijo:

—Usted ya conoce mi voz. Solo que he pensado preguntarle una vez más qué es lo que sabe usted del dinero, linda...

— ¡Pero si yo...!

—No se precipite. Quiero estar seguro antes de decidir qué he de hacer con usted. ¿Qué le confió su novio respecto a sus ganancias?

— ¡Ya le dije que no sabía nada de eso! —gimió Shelly—. ¿Cómo he de hacer para que me crea? Sam no me dijo nada de ningún dinero. Nunca me hablaba de sus negocios.

— ¡Y qué negocios! Pero no la creo. Tengo entendido que iban a casarse ustedes...

—Sí, pero...

—Entonces, es lógico que él confiase en usted. Y si fue así y piensa que podrá hablar de este asunto con alguien, linda, habrá que hacer algo pronto para impedirselo. Lo mismo que hicimos con él, ya sabe.

Noté cómo el cuerpo de la muchacha se ponía rígido. Se apretó contra mí, mirándome suplicante. Le hice una seña indicándole que siguiera hablando y solo balbució:

— ¡No puede hacerme eso...! ¿No quiere creer que no sé nada? ¡Por favor, déjeme en paz, déjeme en paz...!

Al otro lado hubo una corta carcajada burlona. Luego, la diabólica voz añadió:

—Ya veremos... pero si me ha mentido ya puede ir preparándose la mortaja.

Sonó un chasquido y la comunicación se extinguió. Sentí cómo el cuerpo de Shelly se relajaba, desfallecida, y hube de sostenerla con fuerza para que pudiera llegar al diván. El policía indagó:

— ¿Quién era?

—Le juro que me gustaría mucho saberlo —refunfuñó—. Ese bastardo

juega su baza con todas las ventajas.

— ¿La ha amenazado otra vez?

— ¿Usted qué cree? ¡Claro que la ha amenazado! Y lo hará otras veces todavía antes de decidirse. No es ningún tonto... Esa misma hora elegida para representar su papel es genial. Él piensa que Shelly estaba acostada, durmiendo. El hecho de sacarla de la cama a estas horas, aturdida por el sueño, le favorece. Su amenaza desmoraliza mucho más en estas condiciones.

—Sin embargo, no comprendo qué pretende —masculló el detective, ofreciéndonos un cigarrillo a cada uno. Cuando estuvieron encendidos añadió—: Si ella no sabe nada de lo que pregunta poco va a sacarle.

—Pero eso él no podrá saberlo hasta que la haya aterrorizado lo suficiente como para que ella esté dispuesta a confesar todo lo que sepa para terminar de una vez con la tortura mental a que va a someterla. Ese es su juego.

—Ya veo.

Tras exhalar el humo del cigarrillo, Shelly murmuró:

— ¿Qué piensas de su voz, Ken?

—Alterada, por supuesto. Y eso me preocupa. Indica que es alguien a quien posiblemente conozcas, o que existe la posibilidad de que llegues a conocer... Pero, ¿cómo puedes conocer tú a Broda, suponiendo que se trate de él?

—No lo sé. Quizá teme que coincidamos en casa de los Gray...

—Eso es muy problemático. De todas formas no importa. Ya lo aclararemos —miré al detective antes de preguntarle—: ¿Costaría mucho instalar una derivación en ese teléfono, a fin de localizar la llamada la próxima vez?

—No es difícil, pero pregúntele al teniente. Esta es una cosa que tiene muy mala Prensa, usted sabe.

Se echó a reír y se encaminó a su rincón, donde había dejado la taza con los restos de café, que paladeó antes de regresar con las dos a la cocina.

Al quedar solos, Shelly murmuró:

—Es terrible que puedan suceder estas cosas hoy en día y en una ciudad como esta...

—Esta ciudad, pequeña, es la más perversa de la Unión, de modo que nada debe extrañarte. Pero, a pesar de todo, tampoco tienes por qué temer que pueda sucederte nada. Ya ves que estás bien custodiada...

Lo dije en tono festivo para animarla. Dirigió sus ojos hacia mí y sus labios temblaron cuando sonrió.

—Pocas chicas pueden presumir de estar tan bien custodiadas —se interrumpió. Tomé sus manos entre las mías y agregó—: En realidad, debería sentirme halagada, ¿no crees?

—Por supuesto.

—Pero no es así. Y tengo miedo... cuando tú no estás aquí.

—Ese individuo silencioso es más eficaz que yo mismo. Además, lleva un revólver así de grande y te aseguro que sabe cómo utilizarlo. Te repito que no tienes nada que temer.

—Soy una tonta, ¿verdad? Debería estar durmiendo a estas horas... y no puedo pegar un ojo.

—Eso es natural. Pronto volverás a tu vida normal y todo será más fácil entonces, igual que para mí...

— ¿Para ti?

—Eso es.

—No comprendo.

—Comprenderás en su día, gatita.

— ¿Por qué no ahora, si tú me ayudas a comprender?

—Porque todo es demasiado reciente, y porque debo ocuparme de otras cosas.

Ella entendió a qué me refería y un ligero color asomó a sus pálidas mejillas. Me sonrió de nuevo y se levantó.

—Muy bien, Ken; como tú quieras. Buenas noches...

Desapareció en su dormitorio, cerró la puerta y reinó un silencio.

Poco después regresó el detective, pero su charla ya no me interesaba porque tenía otras cosas mucho más agradables en que pensar.

De camino para mi despacho, detuve el coche delante de la misma boca de incendios que parecía reservarme el aparcamiento, a poca distancia del piso del anciano Gray. Era una mañana gris y fría muy acorde con mi estado de ánimo, agravado por la falta de sueño.

No obstante, al llegar arriba me di cuenta de que alguien había madrugado más que yo todavía.

Roger era un tipo de esos que llevan de coronilla a las mujeres. Alto y de fuerte complexión, tenía un rostro entre cínico y amargado, de facciones viriles y correctas en las que destacaban unos ojos brillantes y negros, penetrantes y rientes a veces, obsesivos otras.

Además, vestía con un estilo muy personal y un tanto despreocupado, y poseía una seguridad en sí mismo que causaba asombro a quienes no le conocían a fondo.

—Tenía la seguridad de que vendrías aquí esta mañana —me espetó, estrechándome la mano—. Dice el viejo que vas detrás del asesino... ¿Es cierto?

—Sí. ¿Cómo está él hoy?

—Bastante mal —hizo un gesto en dirección a la puerta interior y añadió—: No se ha acostado siquiera esta noche pasada.

—Lo imagino. Clavado en su silla de ruedas, mirando por la ventana y odiando al criminal hasta enloquecer. Comprendo sus reacciones.

—Entremos, no vaya a creer que cuchicheamos de otras cosas.

El anciano estaba en su inevitable sillón. Hizo un ademán de bienvenida al verme.

—Te esperaba, Ken —dijo por todo saludo—. Quizá tú puedas ayudarme.

—Seguro. ¿Qué necesita?

—A Sam. No quiero que lo entierren partiendo del Depósito...

Miré a Roger, sin comprender. Este explicó:

—He telefonado a Evans. Al parecer, dice que no pueden entregarle el cadáver.

—Por supuesto que no, pero se lo entregarán cuando concluyan los trámites legales. No debe preocuparse por eso, señor Gray. Evans hará cuanto esté en su mano en ese aspecto.

—¿Y cuánto tiempo durará eso, Ken?

—No lo sé.

Roger dijo:

—Por teléfono, he cambiado impresiones con Evans. Parece ser que tienen una pista bastante buena. ¿Qué hay de verdad en eso?

—Yo se la proporcioné —miré al anciano y le vi pendiente de mis palabras, de modo que decidí silenciar el nombre de Broda—. Se trata de un apostador profesional que tuvo tratos con Sam, y, al parecer, no quedó conforme con las ganancias de este.

La conversación se prolongó unos minutos más. Luego me despedí pretextando que debía acudir a mi oficina, y Roger salió conmigo. Una vez en la escalera comentó:

—Es una situación patética la del anciano, ¿no crees?

—Seguro. ¿En qué andas metido ahora, Roger? Hacía tiempo que no sabía nada de ti.

—Lo creas o no, voy a establecer un negocio de compra y venta de coches. He estudiado el asunto y creo que puede dar grandes beneficios.

—Es una manera como otra cualquiera de arriesgar el dinero... A propósito de arriesgar el dinero, aquella noche que te vi en compañía de la pelirroja estabas arriesgándolo de verdad.

Se echó a reír y su risa profunda y alegre aumentó la sensación de vitalidad que producía.

—Aquello terminó. Lástima, porque era una belleza. Lo malo es que en lugar de corazón tenía una máquina calculadora. Pero conocí a otra chica que no tiene nada que envidiarle a la pelirroja, Ken... y esta por lo menos es apasionada, un auténtico huracán. ¡Qué mujer! Creo que me ha hipnotizado.

—Lo dudo. ¿Tienes el coche aquí o te llevo?

—Lo dejé en la esquina. ¿Cuándo nos veremos? Evans dice que deberíamos cambiar impresiones sobre la situación del viejo. En cierto modo tiene razón, ya que fuimos amigos de Sam de toda la vida.

—Cuando Evans tenga tiempo, te llamaré.

Habíamos llegado junto a mi auto. Allí nos estrechamos la mano y, tras despedirnos, se alejó por la acera. Decididamente, era un gran tipo.

Fue un día monótono y aburrido. Hablé con Evans un par de veces, pero todavía no habían localizado a Broda. Parecía haberse esfumado en el aire. También comuniqué con el apartamento de Shelly para asegurarme que no había dificultades allí. Y, al anochecer, me encaminé en busca de Kurnitz con la esperanza de que hubiese obtenido resultados.

Lo encontré en su lugar acostumbrado, en la taberna de atmósfera irrespirable. Al igual que la otra noche, tenía el periódico desplegado sobre el mostrador y pude ver que los titulares hablaban del asesinato del exjockey Hendreeling.

Me coloqué a su lado y comenté:

—Valiente informe me «soplaste» anoche, Kurnitz. Hiciste que me fuera derecho al encuentro de un fiambre.

— ¿Cómo iba a saber yo que lo habían liquidado?

— ¿Puedo invitarte a un trago, o estás empeñado en no beber por mi

cuenta?

—Vete al infierno, hurón. No quiero beber contigo

—Muy bien, eso conviene a mi cuenta de ahorro. Y ahora al grano. ¿Qué has reunido?

—Nada.

—Kurnitz, empiezas a cansarme.

—Te aseguro que nadie sabe una palabra. No hay comentarios, ni los acostumbrados rumores. No es un crimen corriente y tú debieras saberlo.

—Y de la muerte de Hendreeling, ¿tampoco habla nadie?

—Ese tipejo no era nadie importante. No hay interés.

—Para mí sí era importante y alguien lo mató poco antes de que yo llegase a su cuarto del hotel. ¿Cuándo le viste por última vez?

—Hace algunos días, aquí mismo. Él estaba justo donde estás tú ahora.

—Si esperas que eso me impresione estás perdiendo el tiempo. Otra cosa, Kurnitz; tú arriesgas tu dinero a los pencos, al mismo tiempo que tomas apuestas para un centro establecido. ¿Apostaste en la Grande de Santa Anita?

—Seguro.

—¿Y...?

—Me desplumaron, por supuesto. Pero hubo millares que se encontraron en mi situación. ¿Quién iba a pensar que ganaría una yegua desentrenada y montada por un jockey de tercera fila?

—«Fifth Lady»...

—Y colocado «Eyesore». Una combinación absurda.

—Total, que te desplumaron.

—Hubo muchos en el mismo caso.

—¿A cómo se pagó?

—No lo sé, pero debió ser una barbaridad de dinero, y el que acertase ganador y colocado más todavía. Aunque dudo que hubiera ni uno. Ya te digo que fue una cosa absurda que no volverá a darse jamás.

—Volviendo a los rumores, Kurnitz. ¿Sabes dónde se entrevistaron Sam Gray y el jockey?

—En las afueras de la ciudad, pero no sé en qué lugar.

—¿Sabes si Hendreeling estaba en la ciudad cuando se corrió esa última carrera de Santa Anita?

—No puedo decírtelo. ¿Qué clase de embrollo es el que llevas entre manos, hurón? Ahora me sales con la carrera de Santa Anita, las apuestas y...

—Y alguien despacha a Hendreeling, cerrándole la boca —le atajé con voz seca—. ¿Quién montó a «Fifth Lady», Kurnitz?

Pegó un respingo en el taburete.

—Sigues con lo mismo —rezongó—. Un tipejo de tercera o cuarta fila... creo que se llama Brackett o algo así.

Era el mismo nombre que me diera el reportero, lo cual indicaba que el soplón no mentía, así que seguí adelante.

— ¿Lo has visto alguna vez, fuera de las pistas de carreras?

— ¿A Brackett? No.

—Pero sí debes saber si es de los que pasan el invierno aquí...

—Creo que sí, por lo menos, Hendreeling lo dio a entender a raíz de esa condenada carrera. Dijo algo así como que Brackett se había despedido con buen pie de la temporada y que cuando llegase deberíamos organizar una manifestación o algo así.

—Ya veo... ¿Cómo crees que podría localizarlo?

—No tengo la menor idea, y si esperas que te haga tu trabajo también...

—Olvídalo, y concéntrate en Simeón Broda. ¿Lo viste alguna vez en compañía de Sam?

—Espacio, hurón. ¿Dónde entra Broda en esto?

—No lo sé.

—Broda es «gente» aquí. No quiero meterme con él. No quiero líos de esta clase.

—No tendrás líos.

—Sea como sea, nunca le vi en compañía de Sam. No sabía que se conocieran.

— ¿Cómo podría averiguar a cuánto se pagaron los boletos de la Grande de Santa Anita?

—Busca un periódico deportivo de aquellas fechas, demonios. No esperarás que todo te lo den hecho, maldita sea.

—Demasiado tiempo para eso. Debe haber alguien por aquí que lo recuerde, muévete.

Me lanzó una mirada asesina, pero con el tiempo me había inmunizado contra eso, de modo que se largó y yo me entretuve en vaciar a pequeños sorbos el vaso que había pedido. Empezaba a barruntar una sombra de idea, el armazón de una teoría que podía o no ser cierta, pero que me permitía seguir un camino trazado de antemano, en lugar de andar de un lado a otro dando palos de ciego.

Kurnitz tardó casi quince minutos en regresar. Se encaramó al taburete, me miró de mala manera y gruñó:

—Cincuenta a uno.

Silbé por lo bajo. Era increíble.

— ¿Estás seguro?

—Ganador y colocado. Solo ganador, a treinta.

—De todos modos es una fortuna... ¿Qué demonios pasó en esa carrera?

—Una de esas cosas, ya sabes... Los demás estaban demasiado seguros del triunfo y se descuidaron... luego, cuando quisieron reaccionar ya no pudieran hacer nada.

—No lo veo muy claro... ¡Cincuenta a uno! Alguien debió darse a todos los diablos...

—Seguro; todos los que apostamos por otros pencos —rezongó.

—Broda controla varios locales de apuestas. ¿Sabes si se pilló los dedos en esa carrera?

—Repito que no sé una palabra de Broda. Ni quiero saberla. Y ya que estamos en eso, hurón, hemos terminado. Ya te he dado todo lo que tenía.

—Me parece que tienes miedo, Kurnitz.

—Bobadas. Me cansa tu cara, eso es todo.

—Bueno. Ya nos veremos otra vez.

—Lo dudo.

Lo dejé acodado en el mostrador, con el ceño fruncido y un rictus de indignación mal contenida en su rostro. Ya le pasaría.

Anduve cabizbajo las dos manzanas que me separaban del lugar donde había dejado el coche. Cuando me instalé ante el volante estaba pensando en la asombrosa carrera de caballos, en el jockey muerto y en algunas cosas más, de modo que la voz me pilló completamente desprevenido.

— ¡No aparte las manos del volante! —rechinó el tipo, desde el asiento trasero, donde se había incorporado.

Eché un vistazo por el retrovisor. Todo lo que pude ver fue la oscura silueta de un hombre.

—Muy bien —dije—. ¿Adónde vamos?

—Sin prisa...

La portezuela delantera se abrió y otro individuo se deslizó en el asiento como una sombra. El de atrás ordenó:

—Ahora podemos largarnos, fisgón. Rumbo a Harlem y no quite las manos del volante cuando mi amigo le busque las cosquillas.

—Tienes un léxico de serial, compañero —le espeté, comenzando a apartar el coche del estacionamiento—. ¿Qué clase de juego es este?

—A callar, pichón. No nos gusta tu voz.

—Bueno.

Aceleré en la dilección indicada. Noté la mano del que estaba sentado a mi lado cómo me buscaba el revólver en la axila. Cuando lo encontró lo extrajo sin formular ni un comentario, guardándoselo en su bolsillo.

La Octava Avenida estaba muy despejada cuando la enfilé procedente de la calle Jane, y eso fue lo que me dio la idea, que ya algunas veces había imaginado para situaciones como la presente.

Pero antes de ponerla en práctica quise probar suerte con el charlatán del asiento posterior.

—Supongo que también se encargaron de Sam Gray, ¿eh? Fueron dos tipos a golpearlo...

—Preocúpate de los que van a sacudirte a ti, fisgón.

—Los mismos que a él; vosotros.

—Bueno, ¿por qué vamos a discutirlo? Solo que tú durarás un poco más.

Un frío de muerte culebreó por mi nuca. De modo que los tenía al alcance de la mano... y me llevaban al mismo fin que reservaron para Sam.

Solo que yo era un poco más duro que él. Cambié la velocidad y con el mismo movimiento de la mano corrí una pequeña palanca. Entonces apreté el acelerador hasta el fondo.

Todo sucedió en cuestión de segundos. El auto pareció levantarse de morro cuando salió lanzado como una flecha. Simultáneamente, a causa de

la velocidad, el pistolero que estaba a mi lado se vio empujado contra el respaldo, pero como yo había soltado este, se desplomó hacia atrás con tanto ímpetu que sus piernas subieron hasta el parabrisas.

El otro chilló algo, mientras intentaba guardar el equilibrio atrás, pero entonces pisé el freno hasta abajo y creí que el coche se hacía pedazos.

La cosa salió bastante bien. Los dos bastardos se revolvieron como pelotas, armándose un laberinto con las piernas y los brazos y cayendo uno encima de otro. Una de las manos que se agitaba empuñaba una automática de gran calibre. Agarré aquella muñeca, tiré de ella y la golpeé salvajemente contra el volante. Sonó un chasquido, el hombre empezó a chillar y yo me apoderé de la pistola.

En el mismo instante el otro disparó. Fue un estampido tremendo dentro del coche. La bala pasó cerca de mi cuello y astilló el parabrisas, de modo que salté a un lado abriendo la portezuela y dejándome caer hacia atrás.

Él disparó nuevamente. Si no me hubiese impulsado de espaldas a la calzada no hubiera escapado con vida de aquel balazo. Luego rodé por el mojado asfalto, mientras ellos conseguían separarse al fin. El de la muñeca rota continuaba aullando y maldiciendo a un tiempo.

Logré apartarme lo suficiente para guarecerme detrás de la carrocería de un «Cadillac» negro. Entonces el primero saltó escupiendo plomo y yo esperé que se diera cuenta que lo estaba desperdiciando, por cuanto no podía verme. Cuando eso sucedió y él dejó de tirar del gatillo, asomé un ojo y la pistola. Apreté el disparador una sola vez y el arma retumbó sordamente en la calle.

El pistolero dio un salto en el aire, estrellándose contra la carrocería de mi auto. Tras el impacto, rodó igual que un fardo que alguien hubiera arrojado sin demasiada fuerza.

El otro había dejado de lamentarse y guardaba silencio, pero todavía estaba dentro del coche. Comenzaron a sonar los silbatos de los guardias y el alboroto se extendía por las ventanas en un impresionante «crescendo».

— ¡Ya basta, idiota! —grité—. Sal de ahí si no quieres acabar igual que tu compinche.

Decidió responder a tiros y hube de apretujarme contra el «Cadillac» para escapar de la andanada. Comprendí que el tipo no se entregaría jamás, porque sabía que si era juzgado nadie podría librarle de la silla eléctrica.

Rechinando los dientes, me enderecé despacio junto al morro del «Cadillac». Algunos impactos habían agujereado la carrocería. El dueño del coche iba a llevarse un buen berrinche...

Él todavía disparó un par de veces más, las que necesité para localizarlo. Entonces, fríamente, aseguré el tiro y le mandé toda la carga que quedaba en la automática, confiando que alguno de los grandes

projectiles llegaría a destino.

Cuando cesó el estruendo de la pistola, una voz aulló desde el otro lado de la calle.

— ¡Tire su arma, está rodeado!

—Han llegado justo a tiempo —rezongué.

La pistola rebotó sobre el asfalto, lo bastante apartada de los coches para que los policías pudieran verla. Uno de ellos se apartó de la hilera de vehículos estacionados al otro lado y avanzó hasta el arma, apoderándose de ella.

Entonces ordenó:

— ¡Salga con las manos en alto!

También obedecí, porque no hay nadie tan peligroso como un policía con el revólver en la mano y los nervios alterados.

Me esperó en medio de la calzada, en una posición que sus compañeros podían cubrir perfectamente en caso de que yo intentara algo contra él.

—No baje los brazos —siguió ordenando—. Y ande hasta la acera. Está cubierto en todo momento. ¿Queda alguien más en ese coche?

—Supongo que un cadáver.

—Ya lo veo...

—Otro.

— ¿Qué?

—No me refiero a ese que está en el suelo, sino al que ocupa el coche.

—Muy bien, haga lo que le he dicho.

Anduve despacio. Dos patrulleros más se apoderaron de mí mientras el primero investigaba en el coche. Uno de ellos sacó unas esposas.

—Bueno, las muñecas, tipo listo. Estos brazaletes sientan bien a los bastardos como tú.

—No corra tanto... Examine mis documentos y después telefonee al teniente Evans, de Homicidios. Él tendrá mucho que decir sobre eso.

— ¿Evans?

—Ese es el nombre.

—Tú, Bill, sácale la documentación.

Mientras uno me mantenía apuntado con su revólver de reglamento, el otro me sacó la cartera y examinó cuanto encontró en ella. Al terminar dijo, con evidente disgusto:

—Se llama Landers. Es un «privado». ¿Qué te parece?

—Eso cambia las cosas. Busca un teléfono y llama a ese teniente de Homicidios. Veremos qué decide.

El tipo se fue. Dos coches patrulla llegaron casi simultáneamente, y un montón de gente que taponó la calle, estorbando las maniobras de otros autos policíacos que acudieron haciendo sonar las sirenas...

En pocos minutos la calle estuvo convertida en un manicomio.

Afortunadamente, Evans no tardó mucho en llegar, porque creo que ya

había quien hablaba de linchamiento, como en los viejos tiempos. Estaban furiosos porque les habíamos interrumpido el sueño.

Evans cesó de pasearse por su despacho y se detuvo junto a la mesa.

—Alguien debiera haberte enseñado a disparar, Ken —masculló—. Se puede abatir a un hombre sin necesidad de matarlo... y entonces puedes interrogarlo.

—Sí, ya sé todo eso. Lo aprendí en tus galerías de tiro. Pero en este caso son solo palabras. Ellos estaban dispuestos a liquidarme de cualquier manera, y era preciso disparar casi a ciegas, por instinto, sin ver al enemigo... y en aquellos instantes todo lo que yo deseaba era salvar el pellejo.

—Eso puedo creerlo —rezongó.

—Bueno, no tengo otro.

Un agente entró después de dar unos golpecitos en la puerta. Llevaba dos grandes bolsas de papel manila, que dejó sobre la mesa. Explicó:

—Hay un número en cada sobre para no confundir los objetos, teniente.

—Está bien, gracias.

Me precipité a la mesa. Él dijo a regañadientes:

—Si esperas encontrar algo interesante ahí pierdes el tiempo. Yo examiné todo esto en el Depósito.

No obstante, eché un vistazo. En ambos sobres había casi las mismas cosas: tabaco, estuches de cerillas de dos cabarets distintos, llaves, algún dinero y monedas sueltas, y un pañuelo. Eso era todo.

—No esperaba que hubiera documentos —reconoció—. Esos tipos no eran aficionados. No obstante, todo hombre puede cometer un descuido una vez en su vida. Esos bastardos pudieron haberlo cometido en nuestro obsequio.

—Soñar no cuesta nada —rio.

Saqué cigarrillos del bolsillo, le ofrecí uno y de manera instintiva cogí uno de los estuches de cerillas que había sobre la mesa.

Fue después de encender el cigarrillo que vi la anotación en la solapa del estuche. Quedé inmóvil, estupefacto, hasta que la cerilla me quemó los dedos y la tiré con un gruñido.

Evans indagó:

—¿Qué pasa?

—Después de todo, quizá cometieron la equivocación.

Le mostré la solapa del estuche, abierto. Él también vio el número de teléfono escrito a lápiz y casi dio un salto, precipitándose al teléfono de su mesa. Cuando estableció comunicación pidió que averiguasen a quién pertenecía aquel número. Cuando colgó su mirada tenía un brillo

inusitado.

—Siempre ocurre así —rezongó—. Cuando empiezas a desesperar, salta el primer indicio. Lo demás resulta fácil.

—Todavía es pronto para entusiasmarse. Puede tratarse del número de su sastre.

—Lo dudo.

— ¿Cuánto tardarán en darte esa información?

—Unos minutos.

—Entretanto, ¿qué entiendes tú de carreras de pencos?

—Lo que todo el mundo. Nunca apuesto, si es eso lo que preguntas.

—No exactamente. Pero empiezo a creer que Sam dijo la verdad cuando le aseguró a Shelly que iba a tener mucho dinero...

— ¿De qué estás hablando?

—De la Gran Carrera de fin de temporada, en Santa Anita. El ganador se pagó treinta a uno y ganador y colocado cincuenta. ¿Qué te parece?

— ¿Supones que Sam apostó a esa carrera?

—Mis suposiciones llegan bastante más lejos, amigo. Imagina que alguien se confabula para una gigantesca jugada... alguien que está dispuesto a apostar hasta las pestañas, alguien que tiene amistades con los cuidadores y jockeys. Dopan a los caballos cuyas apuestas están más cargadas y dejan que gane el que más paga, o sea el que menos confianza del público tenía, de modo que sus apuestas son las más altas.

—Se ha hecho otras veces —murmuró—. ¿Crees que Sam organizó ese negocio?

—Estoy dispuesto a creer que, por lo menos, apostó fuerte. Él y Hendreeling, el jockey asesinado, con el cual se había entrevistado secretamente fuera de la ciudad.

—Ya veo...

—Forzosamente había otro socio, alguien que proporcionó el capital para la operación. Solo que a la hora del reparto decidió que era mejor quedarse con todo, ¿entiendes?

—Si fuera cierto, está claro como la luz. Tú te refieres a Broda, ¿no es cierto?

—Justamente.

Lanzó un juramento.

—Nadie encuentra a ese bastardo. Debe haberse largado...

—Si se embolsó el botín de una jugada como esa, puede dar la vuelta al mundo tantas veces que acabará mareado.

En aquel momento, el teléfono repicó y él se precipitó a tomarlo. Tras escuchar unos segundos, tomó unas notas en un trozo de papel y colgó.

—Dorrie Stevens — gruñó —. «Apartamentos Florida».

El alma me cayó a los pies.

—La amiguita del pistolero, o quizá una recién conocida...

—El teléfono no figura en la guía —añadió, pensativo.

—Eso explica que lo llevase anotado. De todas formas...

—Iré a verla.

—Iremos, muchacho —exclamé—. Ese hallazgo me pertenece. Por otra parte, te aseguro que sacaría más de ella yo solo que presentándonos allí con la Ley por delante.

Me miró, dubitativo.

—Iremos los dos —accedió al fin—. Pero la interrogaré yo. No quiero correr riesgos con tus malditos métodos. Vamos.

Ya habíamos salido del despacho cuando el teléfono volvió a escandalizar. Evans volvió atrás y lo descolgó.

—Teniente Evans al habla... —oí que decía.

Inmediatamente dejó escapar una exclamación. Entré a mi vez y escuché, pero apenas si pronunció algunos monosílabos sin hilación alguna, de modo que me tocó esperar a que colgase para enterarme de las novedades.

Estas valían la pena.

—Han cazado a Broda —exclamó—. Lo tienen en el Precinto 27.

— ¡No me digas! Eso aplaza la visita a la dama, ¿eh?

—Seguro. Y tú vas a venir conmigo, Ken. Me disgustaría mucho que realizases esa visita por tu cuenta. Andando.

Utilizamos su coche oficial, con la sirena despertando a los pacíficos durmientes. En la Demarcación 27 había una gran agitación, porque se había corrido la voz que Broda podía ser el asesino que los de Homicidios andaban buscando, así que cuando llegamos hubo un estallido de comentarios y explicaciones sobre la manera cómo le habían capturado, hasta que Evans decidió cortar por lo sano y enfrentarse con el tahúr.

Broda tenía el mismo aspecto de siempre, con su gran cabeza de cabello alborotado, su figura rechoncha y sus ojos inexpresivos. Si se sorprendió al verme entrar en compañía del teniente no lo demostró. Solo enarcó las cejas y se adelantó a Evans en tomar la palabra.

—Espero que ahora alguien me dé una explicación de esta detención arbitraria... ¿es usted quien lleva el mando aquí?

—No. Mi nombre es Evans, teniente de la Brigada de Homicidios.

—Vaya, Homicidios, ¿eh? Deben haberse vuelto locos. ¿Qué tengo que ver con su Brigada, teniente?

—Eso es lo que vamos a discutir ahora mismo.

Broda se encaró conmigo.

—Por la manera como habló debí suponer que era un polizonte... Creo recordar que su nombre es Landers, ¿no es cierto?

—Ken Landers.

Evans metió baza.

—Ahora que lo ves de nuevo, Ken, ¿estás seguro que es él?

—Claro que estoy seguro. Siempre lo he estado.

— ¿De qué hablan?

Evans aspiró hondo. Luego le espetó:

—Voy a acusarle del asesinato de un hombre llamado Hendreeling, Broda. Y, si me es posible, le cargaré también con la responsabilidad material por la muerte de Sam Gray.

Dio un respingo y toda su seguridad se evaporó como un jirón de niebla.

— ¡Maldita sea, no pueden hacerme esto a mí! —gritó—. Sam era mi amigo... Y en cuanto a ese otro tipo que han nombrado, ni siquiera sé quién es.

—No obstante, estuvo usted a visitarlo en su hotel —intervine.

—No, nunca he conocido a nadie de ese nombre.

—Usted acudió al Memorial Hotel, Broda, para ver a Hendreeling. Yo le vi y estoy dispuesto a jurarlo donde sea. Además, hay otras pruebas de su estancia allí.

Se echó atrás en su silla. Durante unos segundos pareció reflexionar profundamente, hasta que llegó a una conclusión.

—Muy bien —soltó de repente—. Ustedes ganan. Estuve en esa pocilga llamada hotel para ver a Hendreeling, solo que cuando llegué a su habitación él estaba muerto. Pero yo no lo maté. Salí a escape cuando vi el cadáver. Esa es la verdad.

—Por algo se empieza —sonrió Evans—. Pronto confesará también el crimen.

— ¡Pero si no lo cometí! Nunca me he mezclado en delitos de violencia... mi historial lo revela así y ustedes lo saben. El hombre estaba bien muerto cuando yo estuve allí.

— ¿Por qué quería ver a Hendreeling?

Nuevo titubeo.

—Por un asunto de apuestas...

—Más claro.

—Él estaba bien informado durante la temporada. Recibía soplos dignos de confianza. Yo pensaba cerrar un trato con él para la próxima sesión...

—Miente usted muy mal, Broda —le espeté—. Usted andaba detrás del botín de la última de Santa Anita.

Comprendí que había dado en el blanco pues advertí su sobresalto, que no logró disimular ni siquiera con su férreo dominio.

Evans intervino de nuevo:

—Tiene una oportunidad todavía, Broda. Confiese todo lo que sabe de este asunto y se le tratará con todas las garantías de la Ley, ¿conforme?

—Todo lo que quiero es que me dejen llamar a mi abogado. Después hablaré de este asunto.

—No hay trato. Vamos a dar tantas vueltas con usted que no tendrá tiempo de calentar una silla en cada Demarcación. Así que para cuando su abogado, o sus compinches empiecen a buscarlo, el rastro se habrá enfriado de tal modo que no le encontrarán hasta que a nosotros se nos antoje.

— ¡Pero eso es ilegal, no pueden hacerlo!

—Nosotros podemos hacer casi cualquier cosa con una rata como usted. Qué, ¿quiere colaborar?

—Váyanse al demonio —suspiro— No creo que me quede otra alternativa

—Adelante.

—Es cierto que Hendreeling ya estaba muerto cuando yo llegué. Deben creer eso si he de seguir.

—De momento, olvidémoslo Ya habrá oportunidad de volver sobre ese punto.

—Está bien, todo empezó cuando oí hablar del chanchullo que se preparaba para la última de Santa Anita. Al principio, fue solo un rumor sin visos de verdad. Era demasiado grande para que nadie se atreviese a intentarlo. Luego, un amigo me dijo que era cierto, solo que nadie sabía quiénes intervenían, ni cómo iba a ser amañada la carrera. Entonces me puse a trabajar por mi cuenta. Así descubrí que Sam Gray estaba metido en el negocio...

—Y cultivó su amistad —dije con los dientes apretados.

—Justamente. Al principio sin decirle nada del asunto, claro... Pero cuando al fin le hablé de ello se enfureció. Estuvo a punto de golpearme y me mandó al infierno. Así que de nuevo me encontré colgado, ¿entienden?

—Siga.

—Hice cuanto pude por meter mano en el negocio, pero no lo conseguí. Luego, cuando me enteré del resultado de la carrera, casi me pegué un tiro ante la oportunidad perdida. ¡Cincuenta a uno! Bien, unos días después comenzaron a circular nuevos rumores... y capté el nombre de Hendreeling. Hice cuanto estuvo en mi mano para encontrarlo. El despecho me impulsaba a sacar tajada del modo que fuera...

—Incluso con chantaje —dije.

Asintió con un gesto.

—Lo demás ya lo saben... El exjockey estaba muerto y Sam también había sido asesinado. Me asusté y abandoné el asunto definitivamente.

—Entonces, ¿por qué fue a visitar al anciano Gray? —le espeté sin rodeos—. Porque aquella deuda de juego no fue más que un pretexto...

—Cierto. Mi idea fue que quizá Sam había informado al viejo de la gran jugada... Pensaba sonsacarlo, pero usted no se movió de allí y hube de largarme sin conseguir nada. Pensaba volver en otra ocasión... pero el hallazgo del cadáver de Hendreeling me hizo desistir de mezclarme más en

un asunto tan peligroso.

Miré a Evans. Él dijo:

—Ahora tengo algo más que hacer, también urgente, Broda. Pero va a repetir todo esto, con el mayor lujo de detalles posible, a los detectives que le interrogarán. Luego volveré a ocuparme personalmente de usted. Va a costarle librarse esta vez.

— ¡No tienen derecho a hacerme esto a mí! Sé mis derechos y quiero a mi abogado.

—Sí, eso ya lo ha dicho antes. Vamos, Ken.

Salimos y él dio instrucciones para que Broda fuera interrogado sin tregua hasta nueva orden. Perdimos media hora para que él redactara un esquema del asunto para los que se encargasen de apretarle las clavijas al tahúr, de modo que cuando al fin nos lanzamos a la calle era ya una hora condenadamente intempestiva para visitar a una dama.

Solo que yo no creía que fuera ninguna dama.

Evans mostró su credencial por la rendija de la puerta. Dentro había una luz muy tenue, y a ese resplandor opaco distinguí unos cabellos rojos y una cara pálida.

—Un momento —dijo la mujer.

Descorrió la cadena y abrió la puerta. Entramos y oí a Evans cómo respiraba con fuerza al verla. Por supuesto, no había para menos.

Era una pelirroja alta, de formas estatuarias, y que ni siquiera la bata que se había puesto sobre el fino pijama lograba disimular. Tenía unos grandes ojos verdes y unos labios sensuales y que, incluso sin maquillar, resaltaban poderosamente.

Quedé sin habla y creo que hasta mis piernas temblaron al contemplarla, y no solamente por su hechizo sensual:

Evans dijo:

—Lamento molestarla a estas horas, pero el asunto es tan importante que no podía aplazarse...

—Más lo lamentará si sus razones por molestarme arbitrariamente no son tan serias como usted dice —le espetó con voz helada—. ¿De qué se trata?

—Su número de teléfono no figura en la guía...

— ¡Naturalmente que no! Me horrorizan los pelmazos...

—Lógico. Solo que siendo así usted no debe prodigar su número, ¿verdad? Quiero decir que debe facilitarlo a muy pocas personas...

— ¿Adónde quiere ir a parar? Eso no es motivo para que vengan aquí, de madrugada, empleando métodos de la Gestapo.

—No se altere... todavía. ¿Podría usted recordar a cuántas personas ha facilitado su teléfono últimamente?

— ¡Vaya pregunta más absurda!

—También puede parecer absurdo que un asesino llevase su número anotado, señorita Stevens.

Aquí, Evans se apuntó un tanto. Ella quedó muda, y por primera vez se percató de que en esta ocasión sus encantos no iban a servirle de nada.

—No es posible —balbució al fin—. ¿Quién tenía mi número anotado?

Estuve tentado de intervenir por primera vez, pero Evans se me adelantó:

—No sabemos su nombre todavía. No llevaba documentos, y su ficha no está en nuestros archivos. Debía ser forastero, «importado» por alguien que necesitaba sus servicios. Pero el número telefónico de usted estaba en su poder. ¿Quiere decirme ahora a quién facilitó su teléfono en estos últimos tiempos?

Titubeó. Aquello resultaba comprometido para ella.

—Bueno... a varios hombres... amigos míos.

—Comprendo. Y déjese de rodeos. Quiero sus nombres uno a uno.

— ¡Pero eso es insólito! —exclamó—. No puede comprometerlos de esta manera.

—Estamos buscando al criminal que contrató a un par de asesinos. Eso hace que todo lo demás carezca de importancia.

Entonces dije:

—Ya basta, Evans... Creo que sé el nombre.

Algo debió notar en mi voz que le hizo dar un respingo.

— ¿De qué estás hablando? Ni siquiera nos ha facilitado una ligera ayuda y tú...

—La conozco —dije, y mi voz se me antojó bronca y desconocida, como si perteneciera a otra persona—. La vi una vez. Y ahora no creo que ella diera el número de su teléfono al bastardo que intentó matarme...

— ¡Por todos los diablos, Ken, no me saques de quicio! ¿Quién es esta dama según tú?

—Su nombre ya lo sabes. Pero pregúntale qué representa para ella Roger y verás.

La pelirroja exclamó:

— ¡Ese...! Nada, menos que nada. Rompí con él hace días.

—Pero era su amiguita todavía cuando se celebró la última carrera de Santa Anita. ¿No es cierto?

—Sí... Roger consultaba a menudo las reseñas de los caballos.

Evans dejó escapar el aire con tanta fuerza que semejó un lamento.

— ¡Ken! —silbó entre dientes—. ¿Quieres dar a entender que el Roger de quien estás hablando...?

—Es el mismo.

—No lo creo...

—Roger tenía dinero. Supongo que fue el socio capitalista de la operación. Después, ya hemos visto qué hizo para quedarse con todo el capital. Solo con que apostaran diez o quince mil dólares, en distintas apuestas para no llamar la atención, pudieron embolsarse una montaña de dinero.

—Pero, ese teléfono... estaba en poder de un asesino, no de Roger.

— ¿Recuerda si alguna vez recibió llamadas telefónicas aquí, Dorrie?

Ella asintió con un gesto. Luego murmuró:

—Sí... varias veces.

—Eso explica que uno de sus matarifes tuviera el número anotado. No podía recordarlo de memoria y lo anotó, porque no constaba en la guía. Es así de fácil.

—Maldito sea... haber llegado a esto... con el pobre Sam.

—Y conmigo —dije con sorna—. Solo que esta vez fallaron.

Ella nos miraba con ojos cargados de miedo.

—Me horroriza pensar que él estuvo aquí... amándome, con las manos sucias de sangre...

—No dramatice ahora —le espeté—. Puede darse por satisfecha con no verse mezclada en este maldito asunto.

Evans decidió:

—Vámonos. No tenemos nada más que hacer aquí.

Ella ni siquiera atinó a pronunciar una palabra cuando la dejamos sola.

Corríamos por las desiertas calles, y Evans masculló con los dientes apretados como un cepo:

—El maldito bastardo... hacerle eso a Sam...

—Pienso que quizá Sam se quedó con todo... o quizá logró ocultar su parte. Por eso le golpearon hasta obligarle a confesar dónde lo tenía. Cobarde hasta para esto... tuvo que valerse de matarifes por no atreverse a hacerlo personalmente.

—Pero yo sí me atreveré —dijo ominosamente—. En su vida le habrán machacado como lo haré yo... esta noche.

—¿Olvidas que eres un policía?

—Al demonio con eso —dijo con suavidad—. Alegaré que me atacó... defensa propia. Ya verás.

—No, Evans, yo no lo veré.

—¿Qué?

—Vas a dejarme cerca de donde tengo mi coche. Tengo otras cosas que hacer todavía.

—Nada más urgente que ajustarle las cuentas a ese traidor, a ese sucio...

—Cálmate. Tú mismo acabas de decir que quieres ajustarle las cuentas personalmente. Para eso no necesitas testigos.

—Y tú, ¿qué vas a hacer entretanto?

—Relevar a tu muchacho.

—¿A mi...?

—Al detective que custodia a Shelly. Ahora ya no va a necesitarlo.

—Bueno, pero tampoco necesitará tu vigilancia.

—Pero yo no voy a vigilarla, muchacho...

Ladeó la cabeza para verme de frente. Había una expresión perpleja en su rostro.

—No lo entiendo —masculló.

—Alguien debe ocupar el puesto de Sam, ¿no? Ella no puede permanecer sola por mucho tiempo.

—Ya veo...

—Justamente. A mí no me gustan las apuestas. Y ella, después de lo sucedido, las odia.

—Bueno, pero, ¿ya le has dicho todo esto a Shelly?

—Voy a decírselo esta noche... ahora, tan pronto me separe de ti.

— ¿Sabes qué pienso, amigo? Que si hubiera sabido que estabas enamorado de ella hubieras sido el sospechoso ideal...

—Si tú fueras un buen polizonte lo hubieses descubierto hace mucho tiempo... tal como lo descubrió ella.

—Tú ganas —dijo a regañadientes—. Pero no creas que no sabía tus sentimientos respecto a Shelly, Ken... En realidad, creo que todos sabíamos que estabas enamorado de ella... solo que tienes un gran concepto de la amistad y Sam estaba de por medio.

—Esta vez has ganado, muchacho. Para aquí... el resto del camino puedo hacerlo solo.

—Buena suerte.

Arrimó el coche a la acera. Salté fuera y un ramalazo de aire helado me sacudió como una bofetada.

Pero ya no importaba. Iba a tener pronto todo el calor del mundo en brazos de la mujer que siempre había amado.

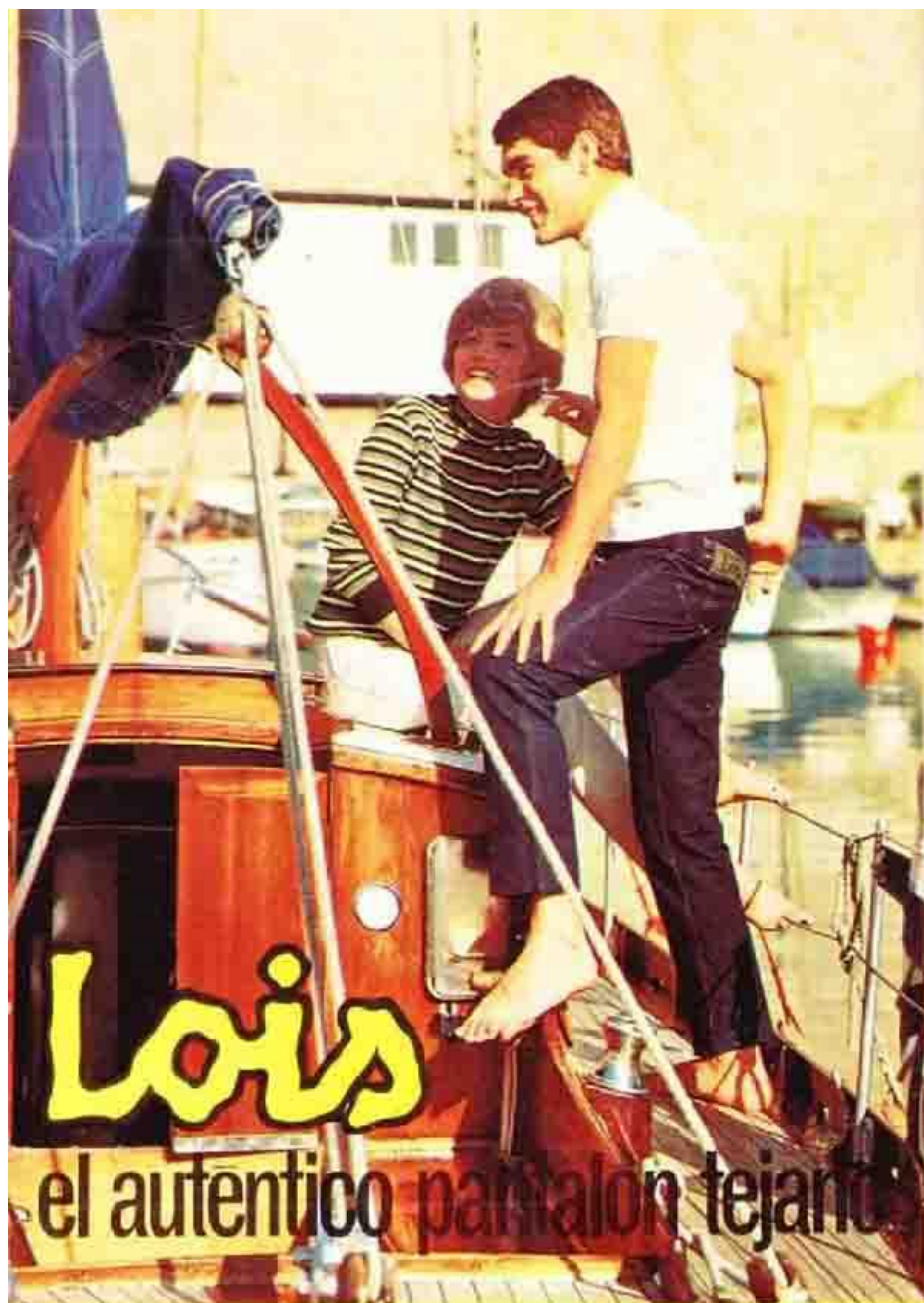
Al poner de nuevo el coche en movimiento, Evans exclamó:

—Te aconsejo que no le hables de Roger esta noche... estropearía las cosas, tal como yo voy a estropearlo a él.

Y se fue. Yo eché a andar y ya no sentí el frío.

Por fin se había cortado aquel camino sórdido, el sendero del crimen.

FIN



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.